





QUISICOSAS DEL QUIJOTE

POR

MIGUEL CORTACERO Y VELASCO

PRESBITERO

SEGUNDA PARTE DE DON QUIJOTE Y SANCHO



MADRID

IMPRESA DE LOS HIJOS DE GÓMEZ FUENTENEYRO

Bordadores, num. 10.

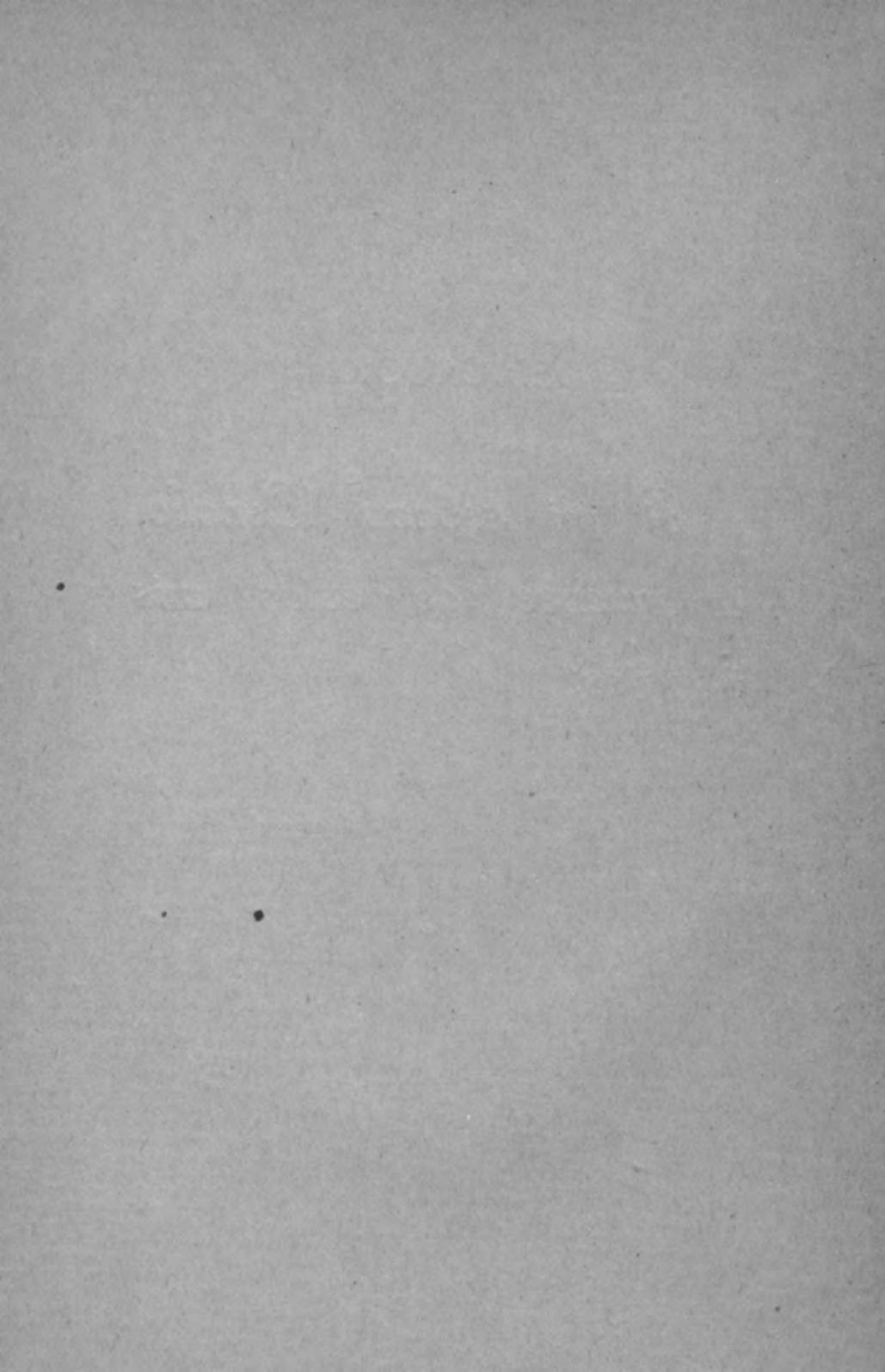
—
1916

~~~~~  
ES PROPIEDAD.  
~~~~~

DEDICATORIA

*A mi sobrina Concha,
amanuense de estos mis
trabajos.*

El Autor



Lector.....

Siempre se ha dicho que “nunca es mal año por mucho trigo,, Si este refrán pudiera aplicarse a los libros, a buen seguro que al cabo de haber publicado cinco en menos de un año nadaríamos en la abundancia.

Pero como “una cosa es predicar y otra es dar trigo,, si tú no los compras y propagas mala cosecha recogerá.

El Autor



CAPÍTULO PRIMERO

Damas y damiselas del Quijote

Con este título haremos un pequeño estudio de las principales mujeres que en el *Quijote* se mencionan, haciendo ver las condiciones, virtudes o defectos con que el autor las adornara.

¿Quién iba a decir que la sin par Dulcinea del Toboso, el sol de la hermosura, y de otras tantas y tantas cosas como de ella dijo don Quijote, no iba a ser incluida como dama en el catálogo que un escritor incipiente presentó

a sus lectores, allá por los años en que se iba a celebrar el tercer centenario de la muerte de su insigne creador? Y de ello pésanos cuanto pesarnos puede, semejante resolución, pues no es nuestra la culpa que de ella hiciera este retrato el rebuscador de los extraviados papeles del Quijote, el cual nos dice:—Está, como he dicho, aquí en el márgen escrito esto: “Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos, que otra mujer de toda la Mancha,„ oficio que, aunque muy de mujer hacendosa y honrada, no está en buena armonía con una tan alta y principal señora como don Quijote la pinta en otros lugares de la obra, pues por regla general en la Mancha, lo mismo que en este pueblo, las que tienen tan buenas manos para salar y adobar puercos, son pobres *guisandoras* (1) que ganan un mísero jornal, que a ser damas de la elevada alcurnia de Dulcinea, ya buscarían quienes desempeña-

(1) Frase del país.

ran estos oficios, que no son muy agradables ni ligeros. Y si ello es así, y tal como nos lo pinta el autor, Dulcinea no era una dama con todos los requisitos que debe reunir para ser considerada como tal. Más indulgente, galante y respetuoso, estuvo Sancho con ella, y su dicho no hubiera nunca desvirtuado el concepto que en otros muchos lugares nos hace concebir don Quijote de Dulcinea, cuando de ella dijo:—¡Ta, ta!—dijo Sancho:—¿Qué la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

—Esa es—dijo don Quijote—y es la que merece ser señora de todo el universo.

—“Bien la conozco—dijo Sancho,—y sé decir, que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo,„ que fué como predecir y anunciar los juegos en que hoy se entretienen nuestras damas, que aunque no tiren precisamente una barra como el más forzado zagal del pueblo (y a todo se llegará por los caminos que vamos)

tiran y recogen una pelota tan lucidamente, como un mozo de cordel arroja un baúl en la estación o a la puerta de una casa, y por eso no dejan de ser damas muy nobles y muy bellas. Por ese dicho de Sancho, la colocaríamos como la primera y principal dama del Quijote; pero por lo de salar puercos... ¡Abrenuncio!

Las damas de cuerpo entero, las de las grandes virtudes y abnegaciones, fueron el Ama y la Sobrina del inclito don Quijote. En ellas resplandece el amor sincero, el verdadero interés por su persona, las que sin dolo ni engaño alguno, persuadíanle abandonara aquella vida de locuras y se recluyera en su casa a cuidar de su hacienda y su salud. Por eso admira y encanta la sencillez con que acompañaron al cura y al barbero en la quema de aquellos libros que habían, según ellas, trastornado su inteligencia. El disgusto que les ocasiona la presencia de Sancho, creyendo que sonsacaba a su amo para ir en busca de aventuras, es de una sencillez y naturalidad admirables. Yendo el ama en

busca de Sansón Carrasco, revela el interés que tenía por don Quijote, procurando no saliera en busca de mayores males que la primera vez. Y no eran tan lerdas que no se les ocurriera el consejo discreto, la advertencia razonada y justa, aún a trueque de disgustarle, como cuando le dijo la sobrina que eran mentiras y fábula la existencia de tales caballeros andantes, ni verdaderas sus historias, a lo que con gran enojo, contestó:—“Por el Dios que me sustenta, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en tí, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. ¿Cómo es posible que una rapaza que apenas sabe menear doce palillos de randas se atreva a poner lengua y a censurar las historias de los caballeros andantes?” Así es que por sus virtudes, por el amor que a don Quijote profesaban, por el interés que siempre le mostraron, son las dos únicas damas que en ese libro resplandecen; puras como las brisas de la mañana y bellas, como los

primeros cálices de las flores que se abren al beso de la aurora y que con sus perfumes embalsaman el jardín ameno del libro inmortal de don Quijote de la Mancha.

¿Sería aventurado suponer que esas dos grandes y delicadas figuras recordaran a la madre y hermana de Cervantes? Si nos fijamos algo veremos, que así como los deseos del ama y sobrina fueron siempre retener en su casa y cuidar de la salud de don Quijote quitando de enmedio aquellos libros que, según ellas, perturbaron sus sentidos, no serían menos los de aquella madre tierna y amorosa por retener a su lado al hijo querido que por azares de la fortuna estaba la mayor parte del tiempo fuera del hogar. ¡Con cuánto cariño y esmero le cuidarían al volver de aquellas penosas peregrinaciones por los pueblos de Andalucía, llevando el alma dolorida por tantos yangüeses como a su paso tropezara, la bolsa vacía y llena de desengaños! ¡Cómo querrían detenerle, a pesar de su pobreza, cuando ya inútil en la más gloriosa ba-

talla que han presenciado los siglos, para gozar de su presencia y curarle de los males del alma y del cuerpo! ¡Cuántas no serían sus penas y amarguras durante su cautiverio y cómo llenaríanse sus almas de alegría al verle rescatado después de inauditos esfuerzos! ¿No es creíble le dijera como el ama a don Quijote: “Mire, señor, tome mi consejo; que no se lo doy sobre estar alta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad; estése en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere.” “Por las obras de Miguel (dice un escritor) no cruza esta imagen santa de la madre, y así había de ser y así ha de esperar todo el que haya escrito algo y posea la delicadeza necesaria para comprender como el grande, el genial acierto de nuestros mejores literatos y poetas, cabalmente es lo que suelen algunos reprocharles y censurarles como un desmérito. Se dice ya vulgarmente que en la literatura española *hay pocas madres*. Enorgullecámonos por ello; porque

nuestros grandes poetas han sido, al propio tiempo, hombres de tan refinada condición, que todos han reconocido tácitamente cómo las madres nada tienen que ver con la literatura, la cual, por muy noble y elevada que sea, es siempre baja, para mezclar y profanar con ella el más hondo y puro de todos los sentimientos humanos. Prueba es, no sólo de finura, sino de fortaleza (y ¿qué finura sin fortaleza vale nada?), el silencio de Miguel, como el silencio de Lope en circunstancia igual, (1). Respetamos muy mucho la opinión del Sr. Navarro Ledesma, pero creemos, que la causa por la que muchos grandes hombres no mencionen en sus trabajos literarios a sus padres, consiste en que moral e intelectualmente valen muy poco, y es, que, como después de Dios se lo comunican todo a sus hijos, a ellos no les queda más que la gloria de haberlos engendrado. ¡Hasta ese punto es admirable la paternidad y digna por lo

(1) *El Ingenioso Hidalgo*, por Navarro Ledesma, pág. 357.

mismo de toda veneración! Si ese silencio en los grandes escritores obedeciera a un sentimiento de delicadeza, no debieron darnos ejemplos contrarios el hombre más sabio del mundo, Salomón, que colocó a su madre a la diestra de su trono para que recibiera las alabanzas de todo el pueblo; ni el mejor Maestro que tuvieron los cielos y la tierra debió encumbrar a la suya a las más altas cimas del poder y la gloria.

Es verdad que Cervantes, siguiendo el parecer del señor Navarro Ledesma, no la nombra, pero hay tantas semejanzas con lo que el ama y sobrina de don Quijote hicieron y pensaron, con lo que hubieran hecho su madre y hermana, de serles posible, cada vez que volvía mal parado, enfermo y dolorido, de sus correrías por el mundo, que no pueden ser mayores esas semejanzas. Y como estas cosas no son de fé, ni Cervantes ha venido a decir a nadie cual fuera su pensamiento, cada cual puede quedarse con la opinión que mejor le viniere a su gusto.

Otra de las damas del Quijote, que

aunque no lo sea por su origen y alcur-
nia, bien merece ser llamada de este
modo, por sus cualidades y virtudes, es
Teresa Panza. Esta mujer, que para
el vulgo ha sido motivo de risa, y los
sabios no han parado mientes en la
grandeza de su alma, es a nuestro po-
bre entender, una de las más interesan-
tes figuras de ese libro. Recordará el
lector que cuando Sancho fué a despe-
dirse de ella para seguir de nuevo en
sus mal andadas correrías con don Qui-
jote y llena la cabeza de locas esperan-
zas, la dijo:—“Yo os digo, mujer, que si
no pensase antes de mucho tiempo verme
gobernador de una ínsula, aquí me caería
muerto.—Eso no, marido mío—dijo
Teresa—vivid vos, y llévese el diablo
cuantos gobiernos hay en el mundo; sin
gobierno salistes del vientre de vuestra
madre, sin gobierno habéis venido hasta
ahora, y sin gobierno os iréis o os lleva-
rán a la sepultura cuando Dios fuere ser-
vido.” ¡Ah, cuántas y cuántas otras hay
en el mundo, cuyo lenguaje contrasta
grandemente con este otro! ¡Cuántas,
aunque no lo digan, piensan: Vengan

bienes y vengan de donde vinieren y si no puedes traer un gobierno, tráete un ministerio, y si es preciso, un reino, que aquí le pondremos como no digan dueñas.

Pero por si o por no (en lo justo no hay pecado), si topáis con alguno, puesto que otros topan con cosas peores, “acordáos de mí, y de vuestros hijos, pues ya Sanchico se va a mayores y Sanchica se le barruntan deseos de no quedarse soltera.—A buena fe—respondió Sancho—que si Dios me llega a tener algo, qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mía, a Mari Sancha tan altamente, que no le alcancen, sino con llamarla señora,, y Teresa, con una humildad soberana, con un gran conocimiento de sí misma, y dando al mismo tiempo una admirable lección a todas las clases sociales, le dijo:—“Medios Sancho, con vuestro estado, y no queráis alzaros a mayores y advertir el refrán que dice: “Al hijo de tu vecino, límpiale las narices y métele en tu casa.” Por cierto que sería gentil cosa casar a nuestra María con un condazo

o con un caballerote que, cuando se le antojase, la pusiese como nueva, llamándole de villana, hija del destripa-terrones y de la pelarruecas. Y como Sancho insistiese en sus deseos, Teresa echóse a llorar, como si ya la viera muerta, diciéndole toda acongojada: “Os digo que hagáis lo que os diere gusto; que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes a sus maridos, aunque sean unos porros,, cosas que muchas no observan y por eso las manos de sus maridos andan listas y las lenguas nada quedas.

Estas y no otras son las damas que en el *Quijote* encontramos con cualidades y virtudes dignas de tales, y como lo malo abunda, nos ocuparemos de las damiselas del mismo.

La primera con la que tropezamos, es la célebre Lucinda, prometida, primero de Cardenio, y después esposa de don Fernando, modelo de damiselas antojadizas, inconstantes y desprovistas de verdadero amor. No nos pararemos a comentar la conducta poco caballeresca de don Fernando, engañando a su

verdadero amigo, ni de las trazas inno-
bles de que se valiera para conseguir el
objeto de sus ansias, pues son dos seño-
ritos de tan poca monta, que no merecen
la pena de fijar nuestra atención en
ellos.

Examinemos brevemente la conducta
y la personalidad de Lucinda. Las razo-
nes que tuvo para realizar su fingido en-
lace con don Fernando, las reveló en la
carta que por medio de un mensajero di-
rigió a Cardenio, en la que le decía:—
“Cardenio, de boda estoy vestida; ya me
están aguardando en la sala don Fernan-
do, el traidor, y mi padre el codicioso,
con otros testigos, que antes lo serán de
mi muerte que de mi desposorio.” ¿Es
creíble que una mujer que verdadera-
mente ama, pueda unirse con el que su
corazón desprecia por muy codiciosos y
avaros que sean sus padres? ¿No tuvo
muchos medios para rechazar aquel ma-
trimonio que no podía ser verdadero ni
legítimo, dado que ella no le amaba antes
de llegar a aquella escena de fingimien-
tos, en la que si el uno era traidor a la
amistad de Cardenio, ella era mentirosa

y falsa, jugando con un Sacramento del que hasta el último instante nadie sabía si era gustosa en recibirlo o no? ¿Esa conducta es propia de una dama virtuosa y sensata o de una damisela desatentada y casquivana? Si no tuvo valor para rechazar la imposición de su padre, si tan sumisa se mostró a sus paternos deseos ¿porqué le abandonó después con grave escándalo de todos, y mucho pesar seguramente por parte del autor de sus días para recluirse en un convento? ¿Por qué en vez de manejar la daga como una rufiana cualquiera, no echó mano de los grandes tesoros que guarda el amor en el corazón de la mujer que verdaderamente ama para desafiar y vencer todos los obstáculos que se opusieran a la consecución de sus legítimos deseos?

¿No vió en Zoraida la mujer intrépida que abandonó su religión para seguir las huellas del objeto amado, caso no extraordinario, sino muy frecuente, cuando se siguen los avasalladores impulsos del amor? Se queja de casarse con un traidor y ella no para mientes en

traicionar a su padre, a Cardenio, la santidad de un Sacramento y sobre todo su honor y su virtud. ¡Valiente dama para un encargo y valiente caballero don Fernando, pues si el uno traicionó a su amigo, justo era no le fuera a la zaga su bella y encantadora Lucinda.

Si la resistencia que puso para no casarse con don Fernando la hubiera puesto y tal vez menos para no dejarse arrebatarse del convento, a buen seguro que ni las fuerzas de don Fernando ni todas las del mundo juntas hubieran bastado para conseguirlo. Como ésta damisela está muy enlazada con otra del propio Quijote, o sea con la intrépida Dorotea, nos ocuparemos de ella aunque no sigamos el orden establecido en dicho libro.

¿Quién fué Dorotea? ¿Qué hizo? ¿Cuáles fueron sus virtudes y vicios?

Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinación, como fué el querer

resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería, gozamos ahora en nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, de la dulzura de su verdadera historia y por ella sabemos que Dorotea era hermosa, como los lirios y las azucenas del campo; sus piés, como dos pedazos de cristal, y sus manos blanquísimas, como montes de nieve.

Hija de ricos labradores no eran de origen tan bajo que de él tuvieran que afrentarse. Sus padres la regalaban y la tenían como el báculo de su vejez; siendo tales prendas motivo bastante para que de ella se enamorara el hijo de un duque, que en esta Andalucía tenía sus mejores estados, llamado don Fernando. Expresóle sus deseos; sobornó toda la gente de su casa; dió y ofreció dádivas y mercedes a sus parientes y los billetes de enamoradas promesas, caían en sus manos, como bandadas de palomas, todas cuyas cosas más bien endurecían su corazón que le ablandaban, no porque no le gustase ser querida y estimada por un tan principal caballero, sino

por la diferencia de condición y estado que lo separaba de ella.

Todos estos desdenes avivaron en don Fernando sus apetitos lascivos, y una noche, cuando menos lo esperaba, encontróselo delante, y al verle, turbóse tanto, que perdió el sentido, ya estrechada entre los fuertes brazos de don Fernando.

Una vez recobrado, empezó a recriminar su conducta, diciéndole: "Tu vasalla soy, pero no tu esclava; ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre, para deshonar y tener en poco la humildad de la mía; y en tanto me estimo yo, villana y labradora, como tú, señor y caballero."

Al oír estas palabras don Fernando, hízola mil ofrecimientos, le juró ser suyo ante aquella imagen que, con lágrimas en los ojos, él ponía como testigo del mejor cumplimiento de su palabra y aquella doncella que por recatada y virtuosa se tenía, la niña inocente que el sol y el viento no había rozado la belleza de su cara, la tierna tortolilla que habíase asustado de los arrullos amorosos

de don Fernando, en un dos por tres se hizo esta reflexión: “Sí, que no seré yo la primera que, por vía de matrimonio, haya subido de humilde a grande estado, ni será don Fernando el primero a quien la hermosura, o ciega afición que (es lo más cierto), haya hecho tomar compañía desigual a su grandeza, y dejöse seducir de la misma manera que Eva lo hizo comiendo de la fruta prohibida, y como ésta cayó, porque después de todo el pecado no es otra cosa, sino un descenso de temperatura en el alma, y por eso poco después sintió el frío de la soledad y la pérdida de sus más risueñas esperanzas. Y es que una vez desaparecida la ciega afición, pocas veces aparece el matrimonio.

Perdida la ocasión de contraerle, sola y abandonada por el que tan ardientes promesas le hiciera y no siéndole fácil recuperar lo que había perdido, supo que don Fernando pensaba casarse con otra, mujer rica y hermosa, y llena de despecho y celos, encaminóse con un su criado a la ciudad donde habitaba para impedir llevase a cabo sus deseos. Lle-

gó tarde, y loca, fuera de sí por tan infame acción y acompañada por el criado, salióse de la ciudad, metiéndose por lo más oculto y agreste de Sierra Morena, a llorar su desventura, en donde la niña timorata e inocente, al verse solicitada por su acompañante, lo despeñó por aquellos profundos barrancos como la cosa más sencilla y natural del mundo.

¡Qué estas damiselas del Quijote, lo mismo cantaban una sublime melodía que realizaban crímenes horrendos, amparadas en aquellos sacrosantos derechos que les daban los caballeros andantes. Trepano montes y pisando valles, anduvo muchos días por aquellas soledades, oyendo el balar de las ovejas, los cantos de los pastores, entre los que si no mató a uno, fué por misericordia divina, y así tuvo por menor inconveniente dejarle y esconderse de nuevo en aquellas asperezas, donde la encontraron lavándose los piés, don Quijote y Sancho, Cardenio, el cura y el barbero, a los que contó con muchas lágrimas y suspiros su triste y no mentirosa histo-

ria. No dejaron éstos de referirle el fin que les había inducido a llegar hasta aquellos descarriados y ocultos parajes. La enfermedad de don Quijote, los medios que habían pensado poner en práctica para sacarle de aquella sierra y otros pormenores para la mejor consecución de sus deseos. A todo ofrecióse ella y con gentil desenvoltura, vistióse de unas ricas galas, que consigo había llevado, y en un punto transformóse en la reina Micomicona, como antes lo había hecho de doncella en prometida de don Fernando; de prometida en abandonada y de abandonada en errante por montes y collados y con más sabiduría que los doce Pares de Francia y todos los nones de Grecia.

Y como en ella no encontramos ninguna de las virtudes que deben ser el patrimonio de la mujer fuerte y de la verdadera dama, la incluimos en el número de las damiselas del Quijote, con encargo especial de que nadie la imite en sus locuras.

Otra de las damiselas que no podemos pasar sin mencionar, es la desen-

vuelta Marcela. Era esta una niña, inocente y recatada (que esta condición, como la de ser hermosas, era cosa imprescindible en ellas), hija de padres ricos, la que había quedado desde sus tiernos años, bajo la tutela de un eclesiástico tío suyo. A medida que crecía en edad, iba creciendo su hermosura, y ya por esto, o ya por sus riquezas, era solicitada, no sólo por los mancebos del lugar, sino por otros de muchas leguas a la redonda. Desairaba a unos, no escuchaba a los otros, y a todos respondía, que por entonces no se sentía hábil para llevar las cargas del matrimonio. Pero he aquí que, cuando nadie lo pensaba, amaneció hecha pastora, yéndose con otras zagalas a guardar sus ganados. Descubierta su hermosura lanzáronse tras ella, como cervatillos, ricos mancebos, hidalgos y labradores, que a semejanza de Crisóstomo, habíanse hecho pastores, para requebrarla y cantarle muy enamoradas endechas, por aquellos valles y montes, por do vagaba en toda su libertad. ¡Y gracias a aquellos felices tiempos en que los enamora-

dos contentábanse con un honesto mirar a sus damas y no en estos desgraciados nuestros!, en los que hubiera salido de este mundo tan entera como la madre que la parió, justo castigo a su gran atrevimiento.

Otra de las damiselas que vamos a estudiar de una manera algo detenida, es la bella Zoraida. ¿Fué desinterés, altruísmo, la única causa que la movió a favorecer a aquel cautivo, que ella viera por las celosías de su escondida morada? ¿Fué solo el impulso que recibiera de una deficiente educación cristiana, la causa de acercarse más y más a aquel hombre desconocido para ella o existieron otros móviles ocultos? Pero mejor que nuestras palabras, las suyas nos darán a conocer sus pensamientos. “Muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha y tengo muchos dineros que llevar conmigo; mira tú si puedes hacer como nos vamos, y serás allá mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no se me dará nada: que Lela Marién me dará

con quién me case.” Luego, aparte de su deseo de conversión, no desdeñaba el casarse, que aunque sea muy natural en la mujer, supo mezclar a las mil maravillas lo divino con lo humano, y tal vez sus ardientes deseos por conseguirlo fueran la causa principal de todos los atrevimientos y crueldades que más adelante iba a realizar contra el autor de sus días.

¿Qué mujeres son éstas, qué virtudes encerraban en su pecho para que así se despojen, por quítame allá esas pajas, de lo más noble y elevado que existe en ellas, o sea su timidez innata y su pudor? ¿Cómo tan fácilmente se entregan a un hombre por caballero que sea, arrojando grandes y graves peligros?

Que parecía estar obsesionada por la idea del casamiento, sin que otra cosa le importara, pruébese cuando le habló al cautivo en el jardín de esta manera: “Debes de ser, sin duda, casado en tu tierra y por eso deseas ir a verte con tu mujer.” ¡Cuánto hubiera ganado Zoraida en el concepto de las gentes, y cuán otra sería hoy su figura, si dedicada a

buscar y conseguir la libertad del cautivo que en tan gran manera había interesado su corazón, no le hubiera hablado para nada de cosas terrenas, ansiando, como decía que ansiaba, las divinas, en cuya consecución, todo lo demás era como nada y que, como añadida todo lo hubiera conseguido!

¡Cuán otra sería si, echando mano de los infinitos recursos que alberga el corazón de la mujer, los hubiera empleado en conseguir de su padre favoreciera y patrocinara aquel cautivo para que se le fuera aficionando poco a poco y hasta para que le estimara y tras la estimación naciera el cariño y, siendo como era, hija única, no le hubiera sido difícil casarse con él y llevar a cabo de este modo los deseos de ser cristiana y casada!

Se nos dirá que el cristiano tenía que renunciar previamente su religión y su culto y Zoraida no vería cumplidos sus deseos. A esto contestamos que, concertado el matrimonio de Zoraida con el cautivo y siempre con el beneplácito del padre, aquella estaba obligada a

plantear al autor de sus días la cuestión religiosa con todo respeto y humildad. Sí; pero con toda la entereza de que es capaz un alma solicitada por la Gracia. Si se oponía, si era en absoluto contrario a sus deseos, si después de haber agotado todos los medios que la prudencia y la religión enseñan, nada podía conseguir entonces, siendo Dios primero que el padre, la madre y el hermano, podía marcharse con el cautivo a lejanas tierras, donde con las aguas bautismales recibidas pudiera enlazarse con el que, siendo cautivo de los hombres, lo fuera en adelante de su corazón y de su alma.

Pero, hacer lo que hizo, atropellar por todo, no dar conocimiento a su padre de nada, consentir se preparara aquella temerosa huída de la que resultó su padre amordazado y preso, es de una crueldad tan inhumana y terrible, que no hay lengua bastante para reprobarla ni pluma que se atreva mojar su tinta para narrar semejante acción. No fué la religión que tiene sus trámites o para llevar a los hombres a la realización de sus ho-

nestos deseos, al heroísmo o al martirio, lo que movió a Zoraida en aquella ocasión a convertirse, sino su desenvoltura y un atrevimiento que no tiene nombre, y tal vez su padre tuviera razón cuando le dijo al cautivo: “¿Pensáis que es por piedad que de mí tiene? No, por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia cuando quiera poner en ejecución sus malos deseos; ni penséis que la ha movido a mudar religión, entender ella que la vuestra a la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad más libremente que en la nuestra.” Por eso creemos que la historia del cautivo, cautiva en sus menores detalles hasta el momento en que la intervención de Zoraida termina como bienhechora de aquellas almas que gemían en la esclavitud, lejos de su patria y sus hogares, pero horroriza y espanta en el huerto de *Agi Morato* y ya en la barca, al ver aquel padre desolado, mezclando sus lágrimas con las aguas del mar, dejándole solo y abatido en la desierta playa, todo es de una crueldad



tan espantosa que ni Dios ni los hombres podrán perdonarle nunca. ¡Qué tales y tan famosas fueron esas damiselas como nos lo va a comprobar Claudia Jerónima!

Era ésta, hija de Simón Forte, grande amigo de Roque Guinart, el que estaba hablando con don Quijote, cuando sintió un ruido a sus espaldas y fijándose vieron acercárseles un mancebo de “hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y sotaembarca, con sombrero terciado a la valona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada dorados, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas a los lados.”

¡Qué para ser mujer hasta de veinte años no los había desaprovechado en sus aficiones guerreras! Es el caso que esta damisela o este dragón de caballería antojósele creer que don Vicente Torrellas, novio y prometido suyo, iba a contraer matrimonio con otra, y sin más averiguaciones, le salió al encuentro, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, le disparó la escopeta, y por

añadidura dos pistolas, por si acaso estaba disgustado de las caricias de su futura esposa.

Realizada esta hazaña presentóse a Roque Guinart en la forma ya descrita, pidiéndole su protección y apoyo para pasar a Francia, donde tenía unos parientes. Roque quiso acompañarla a ver el fin que había tenido su obra y con gran diligencia encamináronse al lugar donde don Vicente quedara, y tendiendo la vista por todas partes “descubrieron por un recuesto alguna gente y diéronse a entender, como era la verdad, que debía ser don Vicente, a quien sus criados, o muerto o vivo, llevaban, o para curarle o para enterrarle.” Diéronse prisa para alcanzarlos y con facilidad lo consiguieron.

Halláronle en brazos de sus criados y acercándose Claudia le asió de las manos y dijo: “Si tú me dieras éstas, conforme a nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso.”

Abrió los ojos don Vicente y vió a Claudia y en pocas palabras la desengaño de sus falsos celos y de su nunca

mentida lealtad, de lo que plenamente convencida empezó a llorar tan amargamente mientras don Vicente se moría, que nunca mejor que entonces pudo decirse: ¡Después del burro muerto la cebada al rabo! Y aquella damisela hasta de veinte años de edad fuese a un monasterio, porque esas y otras muchas cosas permitían las andantes caballerías, en vez de ir derechamente a la cárcel como castigo a su maldad y buena enseñanza a las postreras generaciones.

Aparte de la inverosimilitud del hecho, esa escena debiera desaparecer del *Quijote*, donde todo es luz, amor y abnegaciones, ya por lo cruel y antipática de la hazaña, ya porque no guarda relación alguna con la trama de ese libro, de tal modo, que su acción queda interrumpida, dedicándose don Quijote a convertir a aquellos bandoleros, que era lo mismo que predicar en desierto, hasta que volvió Roque Guinart a reanudar de nuevo el hilo de esa historia.

Y ¿qué de particular tiene que esas damiselas desenvueltas, frívolas, atre-

vidas y matonas, den a ese libro tales ejemplos, cuando vemos a toda una duquesa, alborotada y burlona, azuzar a sus criados, en sus pesadas bromas, contra don Quijote, convirtiendo su casa en una de orates? ¿Dónde están las honestas recreaciones de esa damisela y no dama, sus obras de piedad y religión? ¿Dónde esa seriedad noble y cortés que debe reinar en la casa de los grandes para su propio prestigio y ejemplo de sus vasallos, no consintiéndole a aquella burlona y desenvuelta Altisidora, a la tramoyista Trifaldi y a la simplicísimma Rodríguez, todo cuanto con don Quijote hicieron. ¿Qué dama era aquella, en fin, cuyos frívolos pasatiempos no serían admitidos como buenos ni aún entre las gentes picarescas y de mal vivir?

Así es que su conducta para con don Quijote dejó mucho que desear y no poco que reprender.

Otra de las damiselas que por su corta edad, admira y asombra su valentía, es doña Clara, la hija de Ricote. Su vida azarosa, desde que partió de España,

el cambio de sexo, capitana de corsarios, por conseguir su libertad, su lenguaje libre, y a las veces tabernario, son notas tan poco favorables para ella, que ya nos pesa haberla colocado en el número de las damiselas del Quijote para las que se han guardado todos los respetos y consideraciones. En cambio la pobre Maritornes, porque quiso solazarse un rato con el arriero, tal vez por agregar algo a su mezquina soldada, se ha tenido como el prototipo de toda impureza y liviandad. ¡Que así se escribe la historia en el mundo!

Y ¿qué diremos de las dos famosas Camila y Leonela, dignas por su fidelidad, de ser grabados sus nombres en duros mármoles y eternos bronces? Y ¿qué de aquel desventurado Anselmo?

A este propósito recordaremos lo que Sancho dijo al duque cuando le preguntó: ¿qué clase de cabras había visto en el cielo? a lo que respondió:—son las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla.,,

—Nueva manera de cabras es esa—dijo el duque—y por esta nuestra región

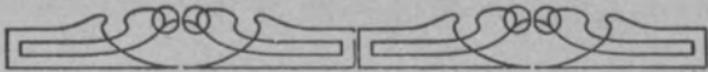
del suelo no se usan tales colores; digo, cabras de tales colores.

—Bien claro está eso—dijo Sancho,—si, qué diferencia ha de haber de las cabras del cielo a las del suelo.

—Decidme Sancho—preguntó el duque:—¿vistes allá entre esas cabras algún cabrón?

—No señor,—respondió Sancho;—pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna.

Y si esto es así y debe serlo cuando Sancho lo dijo, ¿por dónde demonios querría pasar el impertinente y curioso Anselmo?



CAPÍTULO II

Personas, personillas y personajes del Quijote.

Bajo esta denominación vamos a presentar al lector, como película cinematográfica, varias de las figuras que se encuentran en el *Quijote*, con sus vicios y virtudes, aspiraciones y deseos, relacionándolo todo, desde el punto de vista, que cada uno de ellas tuviera con el personaje principal de la obra, o sea con Don Quijote de la Mancha. Será, pues, un pequeño estudio psicológico de cada una, para que puedan ser conocidas y

apreciadas, tales como el autor las presenta y no como las gentes se las han figurado.

Contento y alborozado salió don Quijote de su casa y, caminando a todo caminar por los anchurosos campos de Montiel, llegó a las puertas de una venta, que a él parecióle ser castillo, en el que topó con dos simuladas doncellas hermosas, tal vez, por los sonrosados rayos que el sol en su muerte despedía y cuyos reflejos en sus caras se esmaltaban, donde, apeándose con gentil apostura, las dijo con corteses palabras:

—Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno; ca a la orden de caballería que profeso, non toca ni atañe facerle ninguna, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

En esto salió el ventero y enterado de cuanto ocurría y de los deseos de su nuevo huésped, ofrecióle de todo cuanto en la venta hubiera, que aunque no mucho, no le faltaría un buen pedazo de tierra donde descansara de las fatigas del camino.

Entabláronse entre ambos, largas y desusadas conversaciones, por las que el ventero pudo deducir al punto, que su huésped tenía tan vacíos los aposentos de su inteligencia como él tenía su despensa, cosa que don Quijote pudo comprobar bien pronto y por eso abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra, y en pró del género humano.

Atónito y desconcertado quedó el ventero con estas no conocidas palabras de don Quijote, viéndose obligado a conceder lo que le pedía, hasta ver en qué paraban aquellas suplicaciones de su huésped.

Satisfecho el ingenioso hidalgo de haber conseguido tan a poca costa su deseo, dióle muchas y rendidas gracias, conviniendo ambos (porque si el uno era

joco el otro no era menos socarrón y ladino) que aquella noche sería armado caballero, en la capilla, de lo que para él era castillo y para los demás, venta.

Contó el ventero a todos cuantos en ella estaban la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballería que esperaba recibir.

Admiráronse de tan extraño género de locura y “fueronsele a mirar desde lejos, y vieron que, con sosegado ademán unas veces se paseaba, otras, arrimado a su lanza, ponía sus ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellos.”

El lector recordará el inaudito atrevimiento de los arrieros poniendo sus groseras manos en las armas y arreos de don Quijote, la ira y el furor que se apoderó de él al verlas mancilladas por aquella baja y soez canalla; la pendencia que entre todos hubo, hasta que el ventero, en evitación de mayores males, “trujo luego un libro donde anotaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho y con las dos ya dichas doncellas, se vino donde don Quijote estaba, al cual

mandó hincar de rodillas, y, leyendo en su manual (como que decía alguna devota oración), en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle, sobre el cuello, un buen golpe, y tras él, con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba., Vemos, pues, como el ventero a pesar de haber conocido que don Quijote era un loco, con una nueva y nunca vista locura, y aunque burlóse de él, lo hizo de tan cristiana manera, que ni en sus palabras ni en sus hechos le ultrajó ni le maltrató, a pesar de no haberle pagado los gastos que en la venta hiciera, y por eso le colocamos en el número de las personas y de las personas buenas de feliz recordación para nosotros los amantes del ingenioso hidalgo.

Poca distancia había andado don Quijote desde la venta cuando topó con un hombre que estaba castigando a un su criado, atado a un árbol, y nunca mejor ocasión pudo hallar para realizar sus deseos de socorrer al caído, enderezar entuertos, y acercándosele le dijo:—

“Descortés caballero, mal parece tomaros con quien se defender no se puede; subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza—que también tenía una lanza arrimada a la encina a donde estaba arrendada la yegua—que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.”

Excusóse el labrador de la mejor manera que pudo, razonando los motivos que tenía para castigar al muchacho, y fuera por la varonil valentía que observó en don Quijote, o temeroso de algún desaguisado de aquella rara figura, lo cierto es “que el labrador bajó la cabeza y, sin responder palabra, desató a su criado,” trabándose entre ellos aquellos dares y tomares que en esa historia se leen. Es claro que, Juan Aldudo negando a su criado su justo salario y castigándole por añadidura de tan cruel manera, reveló su condición avariciosa y criminal, pero ¿existen tantos Aldudos en el mundo! que si don Quijote quisiera ponerlos a raya, ni su brazo descansaría ni habría lanzas suficientes para castigarlos. Nosotros lo mencionamos

entre las personas del *Quijote*, porque ni le ofendió ni se burló de su extraño y arrogante mandato ni de su fea catadura.

No tan bien parado había de salir de otra aventura que le deparó su mala suerte, comienzo de otras muchas no menos desgraciadas. Es el caso que llegó a un camino "que en cuatro se dividía y luego se le vino a la memoria las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar cual camino de aquellos tomaría, y por imitarlos estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó las riendas a Rocinante, dejando a la voluntad del rocín, la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza,, en esto tropezó con un gran tropel de gente, que según supo después, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia.

Púsose en medio del camino a increparles, amenazándoles que si no confesaban pronto y de buen grado que Dulcinea del Toboso era la más hermosa dama del mundo, todos igualmente

perecerían. Asombrados los mercaderes de semejante lenguaje, y más que nada, de la grotesca figura de don Quijote, tomaronle por loco, y entre afirmaciones y negaciones acerca de la belleza de Dulcinea, uno hubo de decirle que le manaba de un ojo bermellón y piedra azufre, lo que oído por don Quijote tanto le encolerizó, que arremetiendo a todos, pronto terminara con ellos, si en la mitad del camino no tropezara y cayera. Ya en el suelo, un mozo de mulas al oír las arrogancias del caballero, apoderóse de una lanza y fueron tales palos los que con ella le dió, que a no ser por las voces que su amo le daba, todavía los estaría recibiendo. Brumado y dolorido quedó con la caída y el gentil expolvoreamiento que recibió y no siendo parte para levantarse, se le avino a la memoria "aquel paso de Baldovinos y del Marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña, historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aún creída de los viejos y, con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma.,,

En esto quiso la suerte que pasara un labrador vecino suyo, y acercándosele oyó los muchos disparates que decía y quitándole la visera, rota por los palos, conoció al punto que era el señor Quijana. Limpióle el rostro del polvo que le cubría, y como mejor pudo, le quitó el peto y espaldar por si tenía alguna herida y sin cuidarse para nada de los disparates que decía, le subió en su jumento y con gran paciencia fué acercándose al pueblo en el que no quiso entrar hasta anochecido para que no fuera objeto de burlas y chacotas de las gentes desocupadas y curiosas que allí como en todas partes las hay en abundancia. He aquí otra de las personas que colocamos en lugar preferente, por su caridad con don Quijote, por los buenos servicios que le prestara, por su paciencia en oírle, y sobre todo, por recogerlo en medio del camino, conduciéndole a su pueblo de noche para ser curado y atendido.

¡Qué las acciones buenas y loables deben ensalzarse para gloria del que las realiza y estímulo de los demás!

Iban discutiendo don Quijote y Sancho la rara transformación del bachiller Sansón Carrasco y Tomé Cecial cuando acertó a pasar junto a ellos un caballero, al que don Quijote dijo:

—“Señor galán, si es que vuesa merced lleva el camino de nosotros y no importa de su prisa, merced recibiría en que nos fuésemos juntos.”

Accedió de buen grado, y al punto entablaron amenas y razonadas pláticas, no sabiendo el caballero qué admirar más, si lo extraño de la figura, las razones concertadas que decía o el género de vida que llevaba, es decir: unas veces le creía cuerdo y otras loco rematado; afirmándose en esto último cuando vió que quería tomarse con unos leones, que, enjaulados para el Rey, por allí pasaban. Trató de disuadirle de tan temeraria empresa, y así le dijo:

—“Señor caballero: los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquéllas que de todo en todo la quitan, porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad

más tiene de locura que de fortaleza.”

Pero don Quijote, sin hacer caso alguno de tales advertencias, fué donde estaban los leones, realizando aquella hazaña que los lectores que hubiesen leído esa historia conocen.

Don Diego de Miranda y Sancho desviáronse de prisa y corriendo de aquel lugar, temerosos de ser despedazados por aquellas fieras, pues ni la amistad del uno era tan grande con don Quijote ni el cariño del otro hacia su amo les impedía buscar en la huída un buen seguro a sus personas.

Terminada felizmente aquella aventura, volvió grupas don Quijote en busca del caballero del Verde Gabán y de su escudero, y, enarbolando un pañizuelo, pronto advirtieron los fugitivos que era don Quijote, y no otro, el que llamaba. Don Diego de Miranda no salía de su asombro al contemplar en don Quijote aquella rara mezcla de sensatez y cordura, de elevados pensamientos y de locuras inauditas, y así viéndole don Quijote pensativo, le dijo:

—“Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios. Sirva a las damas el cortesano; autorice la cortè de su Rey con libreas; sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa; concierte justas, mantenga torneos y muestre ser grande, liberal y magnífico y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los más intrincados laberintos, acometa a cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del Sol en la mitad del verano y en el invierno la dura inclemencia de los hielos y los vientos; no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni le atemoricen endriagos; que buscar éstos, acometer aquéllos y vencerlos a todos son sus principales y verdaderos ejercicios.”

En estas y otras pláticas iban entretenidos cuando llegaron a casa de don Diego de Miranda, en la que fueron recibidos con tanto afecto y cortesanía, que ambos, escudero y amo, quedaron

satisfechos de la amable hospitalidad que recibían.

Presentados a la señora de la casa y su hijo, quedaron éstos admirados de tan extraños personajes, y mucho más al ver a don Quijote “en valones y en jubón de camuza, cuello de valona a lo estudiantil, sin almidón y sin randas; borceguíes datilados y encerados los zapatos,, más parecido a un fósil prehistórico, con sus antiguos arreos, que un sér humano y viviente. Mientras la mesa se ponía, el hijo de don Diego empezó a disertar con don Quijote acerca de las excelencias de la poesía, y tales cosas dijo y tan sutiles conceptos emitió sobre la misma, que al punto le hubieran doctorado, como el mejor poeta del mundo. Con esto creció la admiración de todos, y aunque del todo no le tuvieran por cuerdo, extremaron sus cortesías con el loco, que así enseñaba a ser locos a los que por cuerdos se tenían. Días apacibles y serenos pasaron en aquella casa amo y escudero y entre la paz y silencio de aquella mansión cristiana; en aquel torneo literario se destacó la be-

llísima persona de don Diego de Miranda, que, honrando con su bondad, delicadezas y atenciones a don Quijote de la Mancha, se cubrió de gloria y honró para siempre su persona.

Marchaba don Quijote y Sancho en una mañana fresca camino de Barcelona, sin que en más de seis días les ocurriera ningún desaguisado, cosa no frecuente, cuando les tomó la noche debajo de unas encinas, de las que estaban pendientes muchas piernas humanas, las que, topando en la cabeza de Sancho, causáronle no poco miedo y terror. Explicóle don Quijote la causa de estar allí aquellos miembros humanos, pues a su entender, aquel sitio sería donde ajusticiaban los muchos criminales que por aquellos contornos había. No bien repuestos del susto que aquella escena les causara, fué mayor la que sintieron al vérselos acercar más de cuarenta bandoleros vivos, que de "improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que se estuviesen quedos y se detuviesen hasta que llegase su capitán„. Don Quijote tuvo la mala for-

tuna de hallarse a pie, sin freno su caballo y abandonada la lanza, fuera de su costumbre, y por eso no se pudo defender, cosa que aprovecharon los bandidos para despojarles de todo cuanto llevaban. En esto llegó el capitán, “hombre de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más de mediana proporción, de mirar grave y color moreno.” Cual fuera el estado de abatimiento de don Quijote puede colegirse teniendo en cuenta el valor de su ánimo y la fortaleza de su brazo en los mayores peligros, y viéndole el capitán de esta manera, le dijo:

—“No estéis tan triste, buen hombre, porque no habéis caído en las manos de algún cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas.”

¿Quién iba a decirles a don Quijote y Sancho, antes tan temerosos, que aquel capitán de bandoleros iba a pronunciar palabras tan dulces y corteses?, aumentando su admiración cuando vieron que de orden suya les devolvían todo cuanto antes les habían quitado. Viendo don

Quijote las no esperadas blanduras de Roque Guinart, crecióse, y sintiendo renacer sus dormidas valentías, le dijo:

—“No es ¡mi tristeza haber caído en tu poder ¡oh valeroso Roque! cuya fama no hay límites en la tierra que lo encierran, sino por haber sido tal mi descuido que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, según la andante caballería que profeso, a vivir continuo alerta, siendo a todas horas centinela de mi mismo; porque te hago saber ¡oh, gran Roque! que si me hallaran sobre mi caballo, con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy Don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe.”

Bien comprendió Roque Guinart que más era, locura que valentía cuanto había dicho don Quijote, y en vez de ofenderse y disgustarse, como a otros muchos les ¡había acontecido, dirigióle palabras tan corteses que de manera alguna podía esperar el Ingenioso hidalgo de un capitán de bandidos, probándose con esto que se encuentran

muchas y apreciables virtudes, en seres que al parecer no encierran otra cosa que crímenes y pecados. Mientras Roque Guinart despachaba el mal suceso de Claudia, don Quijote aprovechó la ocasión y el tiempo para convencer a aquellos hombres dejaran la mala y perniciosa vida que llevaban; pero como eran gentes rústicas y desbaratadas, ni le entendieron ni les fué de gran provecho su consejo.

Volviéronle a Sancho los objetos robados y al mismo tiempo vió el reparto que a los suyos hizo Roque Guinart de los objetos apresados, con tanta justicia y equidad, que hizo decir a Sancho enhoramala estas palabras:

“¡Es tan buena la justicia, que es necesario que se use aún entre los mismos ladrones!,” sin recordar que no puede nombrarse la soga en casa del ahorcado, y por eso un escudero enarboló el mocho de un arcabuz, con el que sin duda le abriera la cabeza, si Roque Guinart no le diera voces para evitarlo.

Atendidos y considerados desta manera por quienes menos podían esperar-

lo, conocido el género de vida que aquellos hacían, deseosos amo y escudero de seguir su camino, vieron que “apartóse Roque a una parte y escribió una carta a un su amigo, a Barcelona, dándole aviso como estaba consigo el famoso Don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo y que de allí a cuatro días, que era el de San Juan Bautista, se le pondría en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante, su caballo, y a su escudero Sancho, en su asno, y diese noticia desto a sus amigos los Niarros para que con él se solazasen.” Si la fama de capitán de bandidos ha trascendido al mundo, justo es también que ese mundo conozca la caballerosidad, la hidalguía y nobilísimos sentimientos que empleó con don Quijote y su escudero, muy diferentes por cierto, de los usados por otros muchos que tropezó en su camino y que no eran conocidos y tenidos por tales.

Por eso nos holgamos en gran manera destacar esta persona del *Quijote* para que sea admirada y conocida por todos.

“Después de don Quijote, dice Navarro Ledesma, con el que no estamos conformes de modo alguno, no hay en todo el libro personaje más simpático, más humano, con más claro concepto de la vida que este buen bandido Roque Guinart, en quien Cervantes ve, como ha visto siempre en los de su laya todo zagaz pensador, no otra cosa que un hombre resuelto encargado de compensar a su manera las irritantes injusticias y de reparar con el atropello brutal los nefastos errores y crímenes de una sociedad que se empequeñece, se acoquina, que se adapta gustosa y cobarde a un régimen de caciquismo y de favoritismo, como el que entonces nos aquejaba ya y del cual aún no hemos podido librarnos.”

De algunas otras personas del *Quijote* pudiéramos ocuparnos, pero como son secundarias, hablaremos de las personillas. Bien quisiéramos no incluir en

el número de ellas al Cura y al barbero, ya por amor a la clase, ya por la respetabilidad de su ministerio; pero *suum cuique* y por eso nos vemos obligados a pedirle la navaja al barbero, para darle un repaso a su amigo y compinche en correrías andantescas.

¿Tuvieron verdadero empeño en que don Quijote sanara de su enfermedad, o por el contrario, contribuyeron en gran manera a aumentarla?

Nosotros creemos esto último y vamos a demostrarlo. Es verdad que el Cura había dicho a Cardenio (y esto ha de servirnos de guía) “que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocante a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento.”

Bien parece que el Cura y el barbero quisieron llevar a efecto estas palabras en el escrutinio que hicieron de los libros de caballería que don Quijote

guardaba en su biblioteca, causa de todos sus males, pues quitada aquella natural era que desapareciera el efecto o sea su locura.

¿Pero cómo se compaginan estos deseos y buenas intenciones con aquella emboscada que al pobre hidalgo le prepararon en Sierra Morena, donde como se recordará, todo iba al tenor de la más refinada caballería andante, como conquista de reinos, muerte de gigantes, reposición en su trono de reinas desvalidas, glorias imperecederas conquistadas por el vencedor, y tantas y tantas ideas disparatadas como inventaron para exaltar la dislocada imaginación de don Quijote? ¿No nos había dicho el Cura que no hablándole de caballerías tenía un entendimiento bonísimo y si eso era así para que inventó aquel conjunto de disparates, disfraces en Dorotea, Cardenio y el barbero?

Es que de otro modo no hubiera salido de Sierra Morena. Si así era, no debieron seguirle la corriente para que nunca se le atribuyera a él el aumento y pertinacia en su locura. Pero demos de

barato que todo aquello lo hicieron de la mejor buena fé y para que abandonara aquel lugar agreste y solitario. Pero ¿y en la venta, tienen perdón de Dios continuaran las burlas sin salirse jamás de cuanto enseñaban los libros de caballería, para que ni por un solo instante dejara don Quijote de respirar esa atmósfera, que era el alimento de su alma, luz de su entendimiento y acicate de su voluntad?

Si no hablándole de caballerías su entendimiento era bonísimo si querían curarle ¿porqué le hablaban de ello?

He aquí, pues, una contradicción que el Cura y el barbero nunca podrán justificar y es que las palabras valen poco cuando los hechos demuestran lo contrario.

¿Y qué diremos de las trazas de que se valieron para sacarle de la venta, todo lo más a propósito para que el pobre hidalgo creyera que sus enemigos y perseguidores habíanle enjaulado, transformándose en aquellos fantasmas que por doquiera veía, nuevo encantamiento nunca leído ni conocido por él? ¿Era

ésta, por ventura, la manera de curarle? ¿Era así como don Quijote había de olvidar aquellas lecturas que le trastornaban el juicio? Y si pudo recobrarlo con aquellas pláticas que tuvo con el Canónigo, bien pronto dispóse esta esperanza con estas palabras del Cura:

—Dice verdad el Señor Don Quijote de la Mancha;—“que él vá encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados sino por la mala intención de aquellos a quien la virtud enfada y la valentía enoja. Este es, señor, *el Caballero de la Triste figura*, si ya le oíste nombrar en algún tiempo; cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritos en bronces duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envidia en obscurecerlos y la malicia en ocultarlos.”

¡Bonita manera tenía este benditísimo padre para que don Quijote curara y bonitos antídotos suministró a su amado feligrés, para sacarle de aquel mar profundo, donde sin tino ni freno navegaba su pobre y enfermo entendimiento! ¿Porqué su amigo el barbero no le re-

cordó aquel cuento que él contara a don Quijote, del licenciado que estuvo discurriendo a las mil maravillas hasta que tocado en su idea dominante empezó a desbarrar y a inundar el mundo como nuevo Neptuno, para apagar el fuego que el otro loco pensaba encender en la tierra?

No lo sabemos. O mejor dicho, porque a su costa querían divertirse, o porque ellos eran unos locos como don Quijote, aunque no fueran conocidos como tales, y por eso se ha dicho, no sin motivo, que no están todos los que son en aquella casa, ni son todos los que están. Bien quisiéramos perdonarles sus divertimientos, sus contradicciones y todo cuanto hicieron con don Quijote, si no se nos viniera a las mientes aquel acto cruel e inhumano que colmó la medida de esas dos desaprensivas personillas, cuando viéndole luchar con el calrero, no salieron pronto al encuentro, ni lo evitaron ni hicieron nada para que el pobre caballero, entumecido del carro, falto de alimento y sin fuerzas para nada, no fuera atropellado y escarneci-

do por las fuerzas hercúleas de aquel ganapán, antes bien “reventaban de risa el Canónigo y el Cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros como hacen a los perros cuando en pendencia están trabados (1).

No es un secreto para nadie, y mucho menos para las personas ilustradas, que Cervantes se casó en Esquivias con doña Catalina de Salazar Palacios y Vosmediano, la cual tenía dos hermanos, uno fraile, llamado fray Antonio de Salazar, y el otro clérigo, que llevaba por nombre don Francisco Palacios, por no haber tomado como aquél el apellido materno. ¿Qué sabrían aquellos Palacios, y especialmente el don Francisco, de novelas, comedias, proyectos ni de otras muchas cosas que Cervantes traía en el magín?

Por eso el don Francisco hubiera

(1) Estos cargos que hacemos al Cura y al barbero y estas contradicciones que anotamos, desaparecen en nuestro libro intitulado *Cervantes y el Evangelio o el Simbolismo del Quijote*, aunándose de este modo el realismo y simbolismo, de ese libro admirable.

“querido casarla con algún hidalgo del mismo Esquivias o Seseña o con alguno de los Ugenas, que eran grandes amigos de la familia, y no con Cervantes, que a los treinta y siete años no tenía sobre qué caerse muerto ni hallaba otros medios de vivir que el ejercicio de la poesía. Aquel Miguel, que no había sabido aprovechar sus triunfos; de soldado ni salir lucio y rico de la corte, donde tenía amigos; aquel poeta decididor y atropellado, que trataba a diario con representantes, cómicos y gente de mal vivir, y cuya familia, por añadidura, andaba siempre empeñada y viviendo sabe Dios de qué recursos, no era el novio conveniente y proporcionado para una doncella tan apañada y tan señora como doña Catalina. Por eso aquel buen clérigo, que llevaba, como otros muchos que no lo son, una mano por el cielo, otra por el suelo y la boca abierta, infiltró en ella la desconfianza hacia Miguel; quizás le dijo que ya, a sus años, no había esperanzas de que mejorase de fortuna y de temple; quizás le ponderó lo poco que le habían servido sus trabajos y la fama

del *Quijote*. Para aquel buen clérigo de Esquivias, Cervantes seguía siendo un poeta, una mala cabeza, casi casi un loco de atar, consiguiendo de ella lo dejara por heredero casi de todos sus bienes, y decimos esto porque sólo le dejó a Cervantes en usufructo un majuelo que estaba en el camino de Seseña. No dudamos que el cura Palacios, antes de tomar esta determinación hiciera todo lo posible para que Cervantes dejara primero su cargo de comisario y después sus correrías y andanzas literarias, recogién dose a su casa, la que por bastantes años tenía abandonada, y como nada pudo conseguir, tal vez por este motivo influiría en el ánimo de su hermana para que hiciera aquel testamento, que tan triste impresión tuvo que causarle a Cervantes.

¿No vemos en esta figura, brevemente bosquejada, puesto que el que quiera conocerla más a fondo puede estudiarla en *El Ingenioso Hidalgo* del malogrado Navarro Ledesma, la figura del otro cura, que tan importante papel desempeña en el *Quijote*? ¿No vemos en aquel

buen clérigo, que siempre consideró como un loco, un soñador a don Quijote, del mismo modo que el de Esquivias a Cervantes? Este, a semejanza de aquél, ¿no hubiera deseado quemar sus comedias, novelas y el mismo *Quijote*, al contemplar que a los treinta y siete años Miguel estaba pobre y sin blanca? Además, todos los anhelos del cura del *Quijote* eran tornar a éste a su casa, como el otro quería llevarle a Esquivias, donde, con la quietud y soledad de los campos y los cuidados de su esposa, abandonada como el ama y sobrina, tal vez curaría en el pueblo de aquellas literaturas o libros de caballerías que llenaban su cabeza. ¿No pudo el uno recordar al otro de tal modo, que el cura que tanto figura en el *Quijote* fuera una semblanza ingeniosamente hecha de aquel don Francisco Palacios, más chico que una boardilla y más ruín que un mercader? ¡*Chi lo sa!*

Otro de los eclesiásticos que figuran en el *Quijote* es aquel capellán de los duques, que si no le hubiera tratado de una manera tan dura (la verdad no tiene

otro camino), sería para nosotros altamente simpático. El fué el único que, sin rodeos de ninguna clase, dijo a don Quijote la verdad clara y desnuda, y el único también que reprendió severamente a los duques su conducta con un pobre loco, que después de todo dió más pruebas de cordura y sensatez que ellos mismos. Así es que, dolido por lo que observaba y por los disparates que a don Quijote le oyera, le dijo:

—“Y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que venceis gigantes y prendéis malandrines? Andad enhorabuena, y en tal se os diga: volveos á vuestra casa y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda y dejad de andar vagando por el mundo papando viento y dando que reír á cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde, nora tal, habeis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan?”

Y como la verdad es una cosa terrible lo mismo en aquellos tiempos que en estos que corremos, indignóse grandemente don Quijote al escuchar esas palabras; pero como, según parece, aquel eclesiástico no tenía pelos en la lengua, sin tener para nada en cuenta el enojo de don Quijote, encaróse con el duque, y le dijo:

—“Vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta á Nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este don Quijote ó don Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.”

Por eso nos extraña, en don Quijote, dijera de aquel eclesiástico que “habiéndose criado en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, se metía de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar a los caballeros andantes¹, pues no tardaría mucho tiempo en que él

mismo confirmara las palabras del eclesiástico, como así aconteció en su lecho de muerte, cuando dijo:

—“Dadme albricias, buenos señores, de que ya no soy yo don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de *Bueno*. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmenando en cabeza propia, las abomino.”

Aquel eclesiástico tuvo razón. En España no había ya gigantes, ni libros de caballería que imitar, ni Dulcineas del Toboso, y como don Quijote lo confirmó, nosotros nos lavamos las manos y hacemos constar el hecho.

Así como le pedimos al barbero la navaja para darle un repaso al Cura, su compañero y amigo en correrías andantescas, vamos ahora a rogarle al Cura nos preste el hisopo para rociar con agua bendita al barbero, a ver si queda

un tanto purificado de las burlas y malas acciones que con don Quijote cometiera.

Concertados ambos, salieron en busca de don Quijote y pararon en aquella venta, en la que tantos y raros sucesos acaecieron al ingenioso hidalgo, y Sancho, deseoso de recibirlos en su casa, pues les pasaba algo parecido al vecino de un pueblo, que se murió porque un su amigo tenía el chaleco estrecho, y para conseguirlo, no le pareció mal al barbero la invención del Cura, sino tan de perlas que luego lo pusieron por obra. Pidiéronle a la ventera unas sayas y unas tocas, dejando en prenda una sotana, que así era de desconfiada, y haciendo el barbero una gran barba de una cola rucia de buey, trazaron la manera de disfrazarse, para con engaños, sacar a don Quijote de Sierra Morena. No le pareció bien al Cura el traje que la ventera habíale aderezado, por no ser muy propio a su carácter y dignidad, y de acuerdo con el barbero, convinieron en trocar la invención que habían imaginado.

Por el camino fuéronse adiestrando

de la mejor manera cómo habían de convencer a don Quijote para que con ellos se fuera, hasta que llegaron al sitio donde Sancho había dejado ciertas señales para conocer la entrada donde su amo había quedado haciendo penitencia.

Daremos de lado la historia de Cardenio y Dorotea, que para nuestro intento, nada nos importa, aunque sí diremos que ésta habíase ofrecido con gentil desenvoltura, llevar a buen término las invenciones del cura y el barbero.

Así, puesta, sobre la mula del Cura, acomodada la barba en el rostro del barbero, y aleccionados todos de lo que habían de hacer a poco más de tres cuartos de legua, encontraron a don Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado. Disfrazados todos, el barbero convidó al Cura con la silla, y al subir él en las ancas, "la mula, que, en efeto, era de alquiler, que para decir que era mala, esto basta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que, a darles en el pecho de Maese Nicolás, o la cabeza él

diera al diablo la venida por don Quijote. Justo y merecido castigo hubiera sido, por entrometerse en lo que nada le importaba, por engañar a un pobre loco, del que él se decía amigo y al que quería curar de su locura.

¿Cómo pretendía conseguirlo si aquellos disfraces, aquellas aventuras que le referían, más eran para exaltar su imaginación que traerla a buenos términos de curación y sanidad? ¿Dejó un punto de excitar más y más sus deseos de conquistas, de salvar a doncellas ofendidas, asentarlos en sus reinos, matando, si era preciso, todos los encantadores y gigantes que se pusieran a su paso, con las historias que le referían? ¿No fué él, el que más contribuyó en la venta a que siguieran adelante las bur-las que todos hicieron a don Quijote, afirmando que la vacía era el yelmo de Mambrino, para que todos riesen “y digo, salvo parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que ésta pieza que está aquí delante y que este buen señor tiene en las manos, no sólo no es bacía de barbero, pero está tan

lejos de serlo, como está lo blanco de lo negro y la verdad de la mentira? ¿Quién podrá creer que ese barbero tuviera el buen deseo de que don Quijote abandonara sus inauditas locuras, si él como los demás, las acrecentaban en gran manera?

No es posible suponerlo, porque los hechos lo desmentirían, y éstos vienen pronto en nuestro abono, si recordamos que en la salida de la venta agotaron todas las más raras invenciones y disfraces para hacer creer a don Quijote que iba encantado.

Y si solo hubieran sido burlas pasajeras, que aunque no permitidas con nadie, lo son menos cuando se trata de enfermos y dementes, todavía podíamos perdonar de buen grado al barbero lo que hiciera; pero es el caso que, en aquella lucha que don Quijote sostuvo con el cabrero, hizo "de suerte que el cabrero cogió debajo de sí a don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovía tanta sangre como del suyo." Así es que, nunca mejor pudo

decirse: ¡Buenos amigos tienes, Benito!

Es verdad que no puso ni quitó rey, pero contribuyó a que molieran a su amigo y vecino en gracia de sus buenos deseos, por recluirlo en su casa convertido en alheña.

Este rapabarbas, como don Quijote, llámole varias veces en tono despectivo, y uno de los personajes más insignificantes de ese libro, sin querer nos recuerda al padre de Cervantes, cirujano menor o barbero, como le llamaríamos hoy.

¿Sería irreverente suponer que su hijo trazara la figura de don Rodrigo, en la de aquel otro que casi le sirvió de escudero al cura?

Indúcenos a creer esto porque como dice el señor Navarro Ledesma, don Rodrigo de Cervantes no es, como se ha dicho, una noble y hermosa figura, ni en toda la obra de Miguel se ven, como cosa sentida hondamente y personalmente, grandes vestigios de amor filial. Rodrigo de Cervantes fué siempre un pobre hombre, cuya escasez espiritual aumentaba y remachaba la sor-

dera. De él no aprendió Miguel gran cosa, y no es tan insignificante como parece el hecho de que cuantas veces nombra a los cirujanos, los llame de una manera despreciativa *sacapotras*, reservando, en cambio, toda su admiración y su respeto para los médicos de facultad.

Bien se ve que al hablar de los cirujanos, se acordaba de su desdichado padre, y al hablar de los médicos, le venía a las mientes la bella figura, magistral, del sabio doctor Gregorio López, que le sacó de la muerte en el hospital de Mesina, émulo al fin de aquella otra mala personilla que en el *Quijote* se llamó y se llama el bachiller Sansón Carrasco. Bien hizo Cervantes en no licenciarse ni doctorarse, sino dejarlo en el primer escalón de los conocimientos humanos, del que muchos por su propio esfuerzo no subirían aunque les colgaran a modo de cencerros, todos los títulos que puedan conferir las Universidades del mundo. Le llamó así porque, aunque Cervantes no tuvo la dicha de nacer en Andalucía, vagó por ella mu-

chos años y sabía que allí se le llama bachiller, no sólo al que nada sabe, sino también a los entrometidos, a los discútelotodo, a los que no habiendo podido entrar en Universidad alguna, se meten en todas las cosas para enredar y echarlo todo a perder.

De este bachiller Sansón Carrasco, fué de quién oyó Sancho Panza las cosas que de él y su amo se decían, y como andaban ya en historia sus hechos y hazañas, contándoselo todo punto por punto a don Quijote, el que llevado de natural curiosidad mandó le llevara a su presencia como así lo hizo.

—“Deme vuestra grandeza las manos, señor don Quijote de la Mancha, que por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido, ni aún habrá, en toda la redondez de la tierra.”

Y por este tenor le fué alabando y refiriéndole cuanto de él había dicho un escritor arábigo.

Asaz, contentos, quedaron don Quijo-

te y Sancho, de verse ya por esos mundos en estampa, y de como sus hechos eran ensalzados por unos, reídos por otros, y por los más, puestos en tela de juicio. Si el bachiller Sansón Carrasco tenía empeño en que don Quijote sanara de su enfermedad, no fueron estos comienzos la mejor medicina para conseguirlo, pues nunca los halagos a la vanidad curó la soberbia y los malos deseos, y la prueba de ello está en que, don Quijote gozándose en sus gloriosos hechos y ensalzados, ardía en deseos de volver de nuevo á sus andadas para acorrer doncellas, levantar al caído y favorecer al necesitado, como así empezó a realizarlo al cabo de pocos días. Enterada de esta salida el Ama y la Sobrina sintieron gran dolor y pesar y para ver de evitarlo, fué la primera a pedirle al bachiller interpusiera con su amo sus buenos oficios, con objeto de que no se desgarrara otra vez por los caminos de su grande locura.

—“Pues no tenga pena, (contestó el mentecato de Sansón Carrasco) — sino váyase enhorabuena a su casa y ténga-

me aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino, vaya rezando la oración de santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas.”

Quedó el Ama pasmada y con la boca abierta, por si notaba que le dolían las muelas, y como no era así, le replicó que su amo no lo había sino de los sesos y por lo tanto sobraba la sandez de la oración a santa Apolonia, a lo que contestó:

— “Yo sé lo que digo, señora ama; váyase, y no se ponga a disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillear,” es decir, por algo soy lo que soy y por eso digo los disparates y majaderías que se me antojan.

Cumplida la promesa de volver de nuevo a su casa don Quijote y Sancho, estaban tratando del salario que había de darle a este último y como notara el bachiller que no habíanse puesto de acuerdo, dijo:

“Ea señor, don Quijote mío, hermoso y bravo, antes hoy que mañana



se ponga vuesa merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecución, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir a tu magnificencia de escudero, lo tendré a felicísima ventura.”

Oída por Sancho esta propuesta, sintiólo mucho y entristecióse más, que es patrimonio de los tontos y malos hacer daño por do quiera pasan. Reconciliados todos y puestos de acuerdo por consejo de Sansón Carrasco, se partieron a los tres días, don Quijote a realizar las empresas que el mundo demandaba de él así como Sancho las apetecía para colmar sus deseos.

No nos detendremos a referir los tristes desengaños que don Quijote sufriera en el Toboso, con la transformación que el socarrón y ladino de Sancho, inventó convirtiendo a una pobre y rústica labradora en Dulcinea, por ser cosas conocidas de todos ni tan poco la aventura del carro de la Muerte.

Es de saber que la noche que siguió al día del encuentro de la Muerte, don

Quijote y Sancho sentáronse debajo de unos sombreros árboles, donde cenaron, sazonzando la cena con amenas y curiosas pláticas. No bien Sancho había dejado caer las compuertas de sus ojos y quedado entreabiertas las de don Quijote, cuando les despertó un ruido que sintió a sus espaldas “y levantándose con sobresalto, se puso a mirar y a escuchar de donde el ruido procedía; y vió que eran dos hombres a caballo, éstos no eran otros sino el Caballero del Bosque y su escudero. Empezó el primero a suspirar y lamentarse, lo que oído por don Quijote, fuese acercando paso a paso, lo que oído por el dicho caballero preguntó si el que se acercaba era de los tristes o contentos. Respondió don Quijote, con lo que trabaron conversación, refiriéndose cada uno su oficio, sus penas, amores y desengaños.

Dijo el Caballero del Bosque que su dama hábale mandado discurrir por todas las provincias de España para que hiciera confesar a todos los caballeros andantes que por ellas vagaren, que era la más hermosa de cuantas hoy

viven, en cuya demanda había vencido a muchos, incluso a un tal don Quijote de la Mancha. Oídas por éste tales palabras, con reposado continente, dijo:

Sosegaos, señor caballero, y así mentís de haber vencido a don Quijote, que es mi misma persona, como es más hermosa vuestra Casildea de Vandalia que Dulcinea del Toboso, lo que estoy pronto a probaros con mi espada.

Quedó concertado el duelo con la condición de quedar el vencido, a merced del vencedor.

Ya el sol había madrugado para contemplar aquella lucha y con los primeros aromas de las flores y el pitear de innúmeros pajarillos, el Caballero del Bosque y don Quijote partieron el campo y a todo correr de Rocinante, con la bravura de su corazón y la fortaleza de su brazo, arremetió furiosamente, derribando el caballo y caballero, el que quedó tendido en tierra como si fuera muerto. Púsole don Quijote la lanza al cuello, y en esto llegó su escudero, diciéndole no le matara, pues era el ba chiller Sansón Carrasco.

¿Cómo pudo llegar hasta allí el bachiller y cuál fué el objeto que a semejante locura le condujo? Nos dice que había concertado con el Cura y el barbero salirle al encuentro para provocarlo a singular batalla, y como tenía por descontado el vencimiento, no le sería difícil obligarle volviera a su casa donde, con el reposo, los solícitos cuidados de su ama y sobrina, recobraría el juicio.

¿Pero no fué él el que halagó a don Quijote en sus vanidades andantescas, el que le instó para que saliera de nuevo, y se ofreció por escudero, si Sancho se obstinaba en dejarle por más o menos salario? ¿Qué bachiller es éste que así se contradice y se entromete en los peligrosos y laberínticos sucesos de la caballería desconocida para él a pesar de haber estudiado, si es que un bachiller estudia algo en Salamanca? ¿Qué temores, qué excesos de caridad siente ahora, que no sintió cuando el ama le pidió su apoyo y consejo para que su amo no se partiera por los anchurosos campos de su locura?

Que no fué caridad ni deseo de que don Quijote curara de sus caballerías pruébalo el que, al verse maltratado y vencido, juró vengarse, como así lo cumplió en Barcelona, derrotando al ingenioso hidalgo, al espejo de los caballeros, al corazón noble por excelencia, al que llevaba en su mente un mundo de ideas nobles y elevadas, para hacer desaparecer de la tierra todas las desdichas humanas, cosa que, después de todo, no tiene nada de particular, si recordamos que Bruto mató a César. Y es que las malas personillas y los brutos han tenido siempre en la historia del mundo un papel preponderante.

En Sansón Carrasco retrata Cervantes, de una manera admirable, esos señoritos que se las dan de graciosos en todos los pueblos medio ignorantes y medio ilustrados, que es la peor de todas las ignorancias, dispuestos siempre a burlarse y a correr la broma con todo el desgraciado que caiga en sus manos. "No olvidemos, dice Navarro Ledesma, no olvidéis nunca en la vida

que Sansón Carrasco y sus descendientes, no menos carrascos por lo desapacibles, que Sansones por la fuerza que mandan, son muy amigos de divertirse, y para ellos la diversión suprema consiste en ver un idealismo caído al suelo y en contemplar a un idealista apaleado. Pero les queda en el fondo del alma un cazurrismo terrible, y en caso de ser ellos los apaleados, temedles, que ya se vengarán tarde o temprano, como lo hizo en Barcelona.

Otra de las personillas del *Quijote* que es menester sacar a la vindicta pública, sin que le valga para nada su título y alcurnia, al que hizo bien Cervantes no darle nombre, para que así no quepa en los anales heráldicos de ninguna nación, es el duque, en cuya casa o palacio sufrió don Quijote las más tremendas burlas y los atropellos más inauditos.

¿Dónde está esa cortesanía hidalga que algunos han querido ver en las escenas realizadas en aquella morada tan continuas y diversas, que no hay fuerzas humanas que puedan resistir-

las, ni humor bastante en el mundo para llevarlas a cabo? Allí no hubo cortesía alguna, porque desde el momento en que don Quijote penetró en ella, se rieron de él a mandíbula batiente todos cuantos en ella estaban. La escena del lavatorio, los terroríficos sucesos del bosque, la subida en Clavileño con el triste remate que tuvo, el temeroso espanto cencerril y gatuno que costóle varios días de enfermedad y encerramiento, las insolentes travesuras de Altisidora, la farsa del lacayo Tosilos, y tantas otras burlas y afrentas como aquel mentecato duque consintió se le hiciera al más noble y pacífico caballero del mundo, demuestran la hospitalidad y cortesanía de aquellos duques. Y no pecó de ignorancia porque el eclesiástico, que hoy llamaríamos capellán de su casa, le dijo:

— “Vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta a nuestro señor de lo que hace este buen hombre. Este don Quijote, o don Tonto, o como se llama, imagino yo que no debe ser tan mentecato como vuestra excelencia

quiere que sea, dándole ocasiones a la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades.”

Hízole tanto caso como a las coplas de Calaños y como si todo lo anterior, sucintamente referido, fuera poco, colmó su bellaquería cuando al despedirse don Quijote de aquella gente baja y lacayuna, le dijo:

—“No me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, (no cabe mayor avilantez), os hayáis atrevido a llevaros tres tocadores, por lo menos, si por lo más, las ligas de mi doncella, (como si fuera mujer), indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden a vuestra fama, volverle las ligas, sinó, yo os desafío a mortal batalla, sin tener temores que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos (solemne mentira), mi lacayo.”

Si no fuera conocida la admirable y sublime respuesta de don Quijote, bien merecía la pena de copiarla; pero el

lector conoce la caballerosidad e hidalguía de don Quijote, la profesión que profesaba, la aureola de bondad y justicia que encerraba en su alma caballeresca y cristiana, para que nos detengamos a hacerlo. Solo a un duque ignominado se le ocurrió semejante afrenta, para que todos los corazones nobles abominaran de él.

Atento y cortés estuvo Roque Guinart con don Quijote y Sancho y como estos tenían determinado pasar a Barcelona aquel despacho con una carta a un su escudero que, mudando el traje de bandido por el de un labrador, la entregó en dicha ciudad a la persona que iba dirigida. Era este don Antonio Moreno, persona distinguida y de mucho valimiento en Barcelona, donde llegaron a los pocos días don Quijote y Sancho. “En esto llegaron corriendo, con grita, lililfes y algazara, los de las libreas, a donde don Quijote estaba, y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz a don Quijote:

—Bien sea venido a nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella, y el norte

de toda la caballería andante, donde más largamente se contienen. Bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha.,,

¿Correspondieron estas alabanzas con la conducta burlesca que después observó esta personilla del *Quijote*? De manera alguna, pues todo el tiempo que ambos permanecieron en Barcelona fué una serie no interrumpida de holgorios y chufletas y hasta de una pesada broma, en la que expuso a don Quijote al escarnio de cuantas personas le contemplaban. Nos referimos al cartel que disimuladamente colocaron a su espalda, para que todos los que lo leyeran, se fijaran en lo extraño y raro de su figura y de él se rieran a todo trapo, “y los muchachos, que son más malos que el malo, dos dellos, traviesos y atrevidos, se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del Rucio, y otro la de Rocinante, les pusieron y le encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto de manera que,

dando mil corcobos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote y Sancho viéronse así corridos y afrentados, viniéndoseles a la mente la bondad e hidalguía de un bandido con el recibimiento y conducta de otros que se tenfan y se llamaban caballeros.

Esas fueron las personas y personillas del *Quijote*, que al correr de la pluma, hemos bosquejado para que cada una de ellas reciban de las gentes sensatas premio o castigo, según sus obras.

¿Personajes? Es claro que don Quijote como fundamento y el alma de la obra, debiera ser el primero, pero como estaba loco (1), y todo loco carece de personalidad jurídica y moral, nos vemos precisados a prescindir de él. Y juraríamos que el lector ha nombrado ya el único personaje que existe en ese libro, o sea Sancho Panza. Sí, él es el discreto, el colocado siempre en el justo medio ecuánime en su pensar, sentir y obrar; justo y cristianísimo en todas sus aspi-

(1) En esto seguimos lo que nos dice Cide Hamete Benengeli.

raciones y deseos; buen esposo y mejor padre y escudero fidelísimo hasta la muerte; teólogo profundo cuando habló de si sería mejor ser caballero a lo divino que á lo humano. Jurista, no vulgar, en la resolución de los intrincados casos que se le ofrecieron en la Insula Barataria. Filósofo, cuando de manera tan brillante habló de la muerte. Moralista en sus refranes, respuestas y conversaciones. Gramático, cuando reprendió a su mujer el mal uso que hiciera de algunos vocablos. Astrónomo, cuando reveló a la duquesa las cosas que viera en el Cielo volando en Clavileño; personaje, en fin, que agradará a los ignorantes, admirará a los sabios, y en él podrán aprender muchas cosas los hombres de todos los pueblos y de todas las generaciones.



CAPÍTULO III

De cómo don Quijote no estuvo loco ni Sancho fué lo que muchos han supuesto.

Difícil es penetrar en el pensamiento que un autor tenga al escribir su obra y mucho menos tratándose de un libro tan complejo como el *Quijote* y siendo, por añadidura, según dice su autor, un loco el protagonista del mismo. La opinión más corriente y seguida por toda clase de personas ha sido la de que Cide Hamete quiso ridiculizar los libros de caballerías, según se desprende de estas palabras, que textualmente dicen:

“No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías que por los de mi verdadero caballero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna.”

Pero es el caso que, con su libro, aumentó el número de ellas, y si es en cuanto a las historias fingidas y disparatadas que aquéllos contenían, no les va en zaga las de éste, y no es buena manera de combatir la pornografía, por ejemplo, publicando otros libros de la misma o parecida índole. Además, él nos dice en otro lugar estas palabras:

“Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y há muchos días que, tropezando allí, cayendo aquí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes.”

Y siendo esto así, ¿cómo nos dice al final que quiso poner en aborrecimiento

de los hombres aquellas historias fingidas y disparatadas? Si estaban muertas, ¿para qué las resucitó? Y si lo hizo, nunca debiera haberlas muerto, aunque no fuera más que en agradecimiento de ver sus valerosas muchas y cristianas hazañas en estampa en casi todas o las más naciones del mundo. Se nos podrá argüir que una cosa es don Quijote loco y otra cuerdo, y si como demente defendió siempre la existencia de la andante caballería, no hay que tomarlo como base para deducir el objeto que el autor se propuso al escribir su libro, sino aquello que nos diga, ya curado de su enfermedad. Pero, ¿es que algún escritor se ha tomado la molestia de probar hasta qué punto estaba loco don Quijote, si es que llegó a estarlo alguna vez? ¿Acaso puede llamársele loco porque combatiera molinos de viento creyendo eran gigantes? Entonces fueron locos rematados los Pizarro, Hernán Cortés, Alfonsos y Fernandos, que destruyeron y vencieron numerosos gigantes con la misma facilidad que si fueran molinos de viento. ¿Porqué dió libertad

a unos galeotes? Pues en ese caso fueron unos locos de atar Pelayo, el Gran Capitán, Pulgar y los Reyes Católicos, que sacaron del yugo mahometano a la nación española. ¿Porqué se paró en aquella selva donde el ruido de los batanes asustó y acobardó a Sancho? Pues entonces Colón fué un loco cuando otros Sanchos le hicieron detenerse en medio del Océano llenos de temor y espanto al contemplar cómo se dilataba la inmensidad del mar y cómo bramaban sus aguas al verse mancilladas por la planta del hombre. ¿Porqué tomó por yelmo la bacía de un barbero? Pues en ese caso los que conquistaron unas tierras por otras, los que cambiaron unos hemisferios por otros merecerían el calificativo de locos, sin perdón de Dios ni de los hombres.

Así es que, al cabo de tres siglos, puede decir lo que dijera al eclesiástico de los duques: "Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudian-

tes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy y caballero he de morir si place al Altísimo. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean, y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las endezco a buenos fines que son de hacer bien a todos y mal a ninguno; si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que destota, merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes,„.

No; don Quijote no estuvo loco nunca: Lo que hay es que era el eco ya lejano de aquellas estupendas hazañas que asombraron al mundo, el eco de aquella edad de oro, que iba dando a todo correr paso a esta nuestra de hierro.

¿Lo sería porque amaba a su dama con toda la impetuosidad de su alma cristiana y caballeresca?

Pues en ese caso hay que considerar como locos a todos aquellos caballeros que rendían culto a los tres grandes ideales que ennoblecen al hombre, su Dios, su dama y su patria.

¿Lo sería, por último, porque socorría al desvalido y menesteroso, daba libertad al cautivo, amando como pocos la justicia y odiando la iniquidad?

Pues entonces debieron recluir en un manicomio, de donde nunca salieran, un Juan de Dios o una Teresa de Jesús.

¿Qué locuras, pues, qué historias fingidas o disparatadas, vino aquí a combatir don Quijote? ¿Qué es la Historia de España sino un conjunto de todas las heroicidades, de todas las sublimes grandezas que el hombre puede realizar cuando lleva por bandera el patriotismo, y la fé por guía y norte de todas sus aspiraciones?

Esas historias fingidas o disparatadas se escriben en pueblos y naciones donde no existen hechos gloriosos que exalten la imaginación de sus habitantes, pero en aquellos como España, donde cada piedra narra una epopeya,

y cada monumento rememora los hechos viriles y cristianos de la raza, en una nación donde, como dice un juicioso historiador, “los lances trágicos de don Alonso de Aguilar, del Maestre de Santiago, del Marqués de Cádiz y del Conde de Cifuentes, en las breñas y desfiladeros de la Ajarquía y en las Cuestas de la Matanza; la prisión de Boabdil y la muerte del intrépido Aliatar en los campos de Lucena; la catástrofe de los caballeros de Alcántara en la pradera de Sierra Nevada; el riesgo que Isabel y Fernando corrieron en el pabellón del campamento de Málaga, de caer bajo el puñal de un fanático santón; las maravillosas hazañas de Hernán Pérez del Pulgar; el heroísmo rudo y salvaje de Ibáñez el Zegrí; la galantería heroica del príncipe moro Cid Ibiaya; los venerables religiosos embajadores del Gran Turco en la tienda de los reyes cristianos; la resignación estoica del Zagal; los amores y desdenes de Muley Hacem; los celos y rivalidades de las sultanas Aixa y Zoraya; los combates sangrientos de la Alhambra y Al-

baicín; la reina de Castilla soltando cadenas a millares de cautivos, acariciándoles como una madre y dándoles a besar su real mano; los contrastes de cultura y de ferocidad, de generosidad y de fiereza de las rivales tribus gomeles y zegríes, abencerrajes y gazules; los ardidés y proezas y las peligrosas aventuras de Juan de Hera, de Hernán Pérez, de Martín de Alarcón y de Gonzalo de Córdoba; la galante conducta del conde de Tendilla con la bella Fátima; el campamento cristiano en la Vega; el noble marqués de Cádiz recibiendo a la reina en su pabellón de seda y oro; los combates caballerescos; el incendio de las tiendas y la prodigiosa aparición de una ciudad como de milagro fabricada; el desventurado Boabdil saliendo con abatido semblante por la puerta de los Siete Suelos a entregar a su afortunado enemigo las llaves del último baluarte del imperio musulmán; el gran sacerdote de España; el Cardenal Mendoza, subiendo por la cuesta de los Mártires a tomar posesión de los regios alcázares moriscos en nombre de

su reina y de su religión; la reina Isabel postrada de rodillas con su ejército y con su clero, en el campo de Armilla, adorando la cruz que resplandecía en la torre de la Alhambra, y haciendo resonar los embalsamados aires de la Vega con el canto poético que los cristianos entonan en acción de gracias al Dios de las victorias; escenas y situaciones son éstas, que no ceden en interés dramático a las de las más bellas páginas de la *Iliada*, y personajes son que igualan, si no exceden en grandeza a los Hectores, los Ayax, los Patroclos, los Aquiles, los Ulises y todos los demás héroes de Homero; esa nación, repetimos, no necesita de libros que destruyan su historia, porque eso sería lo mismo que si un padre quisiera arrancar de su escudo los timbres de su nobleza, para que sus hijos no pudieran gozarlos ni ostentarlos ante la faz de las gentes. O ¿es qué esos libros eran tan abundantes en la república de nuestras letras; constituían una plaga social tan grande que para desterrarla necesitóse escribir un libro que a todos pusiera en la picota?

No; es que “el alma heroica de Lepanto se mete so la armadura de don Quijote y acomete impávida a los leones, y antes de ello, segura de sí misma, lanza al prudente caballero y a su sociedad burguesa estas palabras magníficamente despreciativas:

—“Váyase vuesa merced, señor hidalgo con su perdigón manso y con su hurón atreyido y deje a cada uno hacer su oficio; este es el mío, y yo sé si vienen a mí o no estos señores leones...”

Y replicándole don Diego, aún recalca don Quijote la burla, y le dice:

—“Ahora, señor, si vuesa merced no quiere ser oyente desta que, a su parecer, ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo...” ¿Es creíble que un hombre que de tal manera piensa y siente y con tan sincero entusiasmo como el reflejado en la narración de esta aventura capital y elocuentísima la describe y presenta se proponga desterrar los libros de caballerías del mundo ni menospreciar a los caballeros? ¿Puede creerse que esas bellamente irónicas palabras las ha escrito un aman-

te de la regularidad y del orden? (1). Repetimos que don Quijote no estuvo loco jamás, y mal hizo su historiador Cide Hamete Benengeli en insistir en cada una de las páginas de ese libro en presentarlo como si realmente lo fuera.

El fué, como hemos dicho antes, el último baluarte donde cristalizaron los heroísmos, los desprendimientos, las grandezas épicas de una raza de gigantes, sabios y santos, que terminaban para dar paso a otra de pigmeos, que aún no ha terminado, para desdicha de nuestra pobre patria. Y por eso le llamaban loco y por eso contestó:

—“¿Quién duda, señor don Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinión por un hombre disparatado y loco? Y no sería mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa. Pues, con todo esto, quiero que vuesa merced advierta que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero a los ojos

(1) *El Ingenioso Hidalgo*, pág. 486.

de su rey, en la mitad de una gran plaza dar una lanzada con felice suceso a un bravo toro;... pero mejor parece un caballero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intención de darle dichosa y bien afortunada cima, sólo por alcanzar gloriosa fama y duradera; mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo a una viuda en un despoblado que un cortesano caballero requebrando a una doncella en las ciudades.”

Y por esos hechos se le ha tenido por loco y por eso se ha falseado el espíritu de ese libro, aunque le quepa la mayor culpa al autor que lo engendrara. Sí; porque cuando vemos llamar Quijote a todo el que realiza una acción que sobresale algo del ras de tanta impureza y bellaquería como reina en la tierra cuando vemos llamar quijotada la defensa de la justicia y el derecho, enrojece nuestro rostro y la ira nos arranca el corazón al contemplar la confusión babilónica que reina por do quier. ¿Qué de

particular tiene se le llamase loco a don Quijote por sus abnegaciones y altruísmos, cuando hoy nada noble y elevado puede hacerse sin que nos asalte la idea de ser llamados despectivamente de la misma manera?

“Don Diego de Miranda es la encarnación de aquella sociedad que ya no quería héroes ni en ellos creía, sino que estaba preparada a la siesta y al sueño; de aquella sociedad que ya no mantenía ni el halcón ni los galgos que requieren la caza en altanería o la de carrera, sino un perdigón manso para cazar a la bartola y a la traidora, con reclamo o con hurón atrevido, para cobrar los conejos en la albanega, en perseguirlos por el soto, sino sentándose tranquilamente cabe los codiles y vivares.” (1).

Por eso creemos que Cide Hamete Benengeli cometió dos grandes pecados en su libro. El primero es la insistencia en presentar a don Quijote como loco, y el segundo es el no menos insistente propósito de que Sancho apareciera

(1) *El Ingenioso Hidalgo*, pág. 485.

como el prototipo de la glotonería, de la bajeza de carácter y la más profunda villanía en sus acciones. Y, ¡cosa singular!, para una locura que don Quijote cometiera, encuéntranse al lado de ella cosas tan admirables, que no serían capaces de soñarlas muchos de los cuerdos que viven en el mundo. ¿Y quiénes fueron los que tuvieron por verdaderamente loco a don Quijote? Los yangüeses, los mercaderes toledanos, los arrieros en la venta, es decir, los ignorantes, el vulgo, los que nada saben ni nada profundizan; pero los discretos, los ilustrados, los que estudian algo el ser de las personas y las cosas éstas jamás se atrevieron a decir rotundamente, que era loco.

Y tanto es así, que Sancho, el discretísimo Sancho, al escuchar las galanas razones que don Quijote dirigió a las bellas cazadoras, respondió por todos en estas palabras:

—“¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan a decir y a jurar que éste mi señor es loco? Digan vuestas mercedes, señores pastores, ¿hay

cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho?„

Y el mismo cura, que tanto le conocía y había tratado, al llamarle loco, dijo una de las mayores sandeces que salieron de su boca, porque todo lo que alegó para demostrarlo fué que, en tocándole en los libros de caballerías, era cuando disparataba, sin recordar aquel buen eclesiástico que llevamos dentro de nosotros mismos, cual más o cual menos, los pecados capitales en forma de libros de caballerías, y en cuanto a ellos alguien toca, disparatamos a las mil maravillas. Con una diferencia, y es que don Quijote sólo desbarraba en ese caso, teniendo en todas las demás ocasiones un entendimiento bonísimo, cosa que no ocurre en muchos cuerdos. ¿Y qué diremos de Sancho?; para un acto poco noble, véñse a millares otros que le subliman y enaltecen. ¿Cómo puede explicarse este fenómeno, esta dualidad, estas dos maneras de ser que se observan en don Quijote y Sancho, causa principalísima de los muchos errores en

que las gentes han incurrido al estudiar esos dos personajes. Se explica porque Cervantes, aunque no era andaluz, vivió muchos años y corría por sus venas sangre andaluza, y sacrificaba la verdad, la justicia y, si era preciso, hasta la propia sangre por el donaire y el chiste, y en prueba de esto, voy a recordar aquí el diálogo que escuché no há mucho tiempo. Estaban hablando dos amigos, y uno de ellos le ponderaba al otro los cuidados y los cariños de su madre, a pesar de sus grandes extravíos, y todo lo que se le ocurrió decir fué: —Sí; pero es tuerta. Y si como lo era no lo fuera, ya daríase traza para inventar otro chiste que a su amigo le hiciera reír. Pues esto ocurre en ese libro. Acaba don Quijote de pronunciar sus más bellos pensamientos, las galanuras de su hablar incomparable y, ¡zas!, viene el chiste y tras él la locura adornada de cualquier incidente traído de propósito, y es claro, esto sirve para distraer a los lectores. Y como a pocas gentes les gustan mucho las filosofías y las retóricas, se ríen con la chusquedad del caso, y he

aquí confirmada ya la locura de don Quijote.

No, volvemos a repetir una y mil veces: don Quijote no estaba loco. En todo caso sería un patriota exaltado, que, al ver faltaban en su casa solariega aquellos héroes, que llenaron de gloria los timbres de su familia; de aquellos santos, que con su nombre asombraban al mundo; aquellos sabios que, como estrellas resplandecientes, iluminaron las doctas asambleas de toda la tierra, llenaríase de rabia, hervirían en su sangre las glorias de tantas grandezas pasadas, y en su exaltación patriótica, repetimos, querría realizarlas como el magnate que ha perdido su patrimonio recuerda siempre con orgullo y altivez las grandezas y los laureles de su estirpe. Por eso, al verse vencido en Barcelona, al contemplar que por sus altruísmos y ansias de renombre era el escarnio y el oprobio de las gentes, rendido y angustiado en su lecho de dolor, pasando por su mente, como visión profética que la señora de las naciones, desmembrado Portugal, reducida por el tratado de Utrech y ani-

quilada por el de París no volvería a levantarse, quiso destruir los libros de caballerías, de la misma manera que algún otro Quijote deseó cerrar con cien llaves el sepulcro del Cid. Y es que esos soñadores cuando no ven realizados sus deseos se entretienen en negar las realidades presentes y pasadas envolviéndonos a todos en una ola de pesimismo destructor y criminal. Todo se iba empequeñeciendo: la tierra, los caracteres y las costumbres, y por esto él quiso colocar la acción "en la llanura manchega, tierra alta para criar hombres amigos de engrandecer, ennoblecer y ampliar la vida, sacándola de los términos mezquinos, prosaicos y estrechos en que se desarrolla, y espaciándola por la anchurosidad de los campos, avaros de aventuras,,. Por exceso de amor a la vida—dice con gran acierto Barrés—don Quijote camina hasta la muerte.

La de los fuertes, la de los grandes son su religión y su moral.

En tal sentido, su locura es la misma de Nietzsche, ya que hemos admitido provisionalmente ser verdad que Nietzs-

che y don Quijote estaban locos, hasta que pasen años y se demuestre que ellos eran los cuerdos. (1)

¡Pero, vive Dios!, que si ahora esta patria donde se nacionalizó la Madre del Verbo, a las orillas del Ebro, está muerta, sabrá resucitarla como a Lázaro, y sus enemigos caerán como cayeron los muros de Jericó, al son de las trompetas de sus héroes, sabios y santos que, como centinelas avanzados, la conducirán a cumplir su destino divino y humano en la historia del mundo.

Si de don Quijote pasamos a Sancho, observaremos el mismo o parecido fenómeno.

¿Cómo es posible creer por poco que nos detengamos en la lectura de ese libro que, Sancho tan discretísimo en el discurrir, tan galano en el lenguaje, a los pocos renglones donde esto ocurre, diga codicilo, que no se puede revocar por codicilo, que no se puede revocar?

¿Sería posible hacer creer a nadie, que uno de nuestros grandes pensados-

(1) *El Ingenioso Hidalgo*, pág. 424.

res o estilistas, hubieran escrito cualquiera de las palabras que se ponen en boca de Sancho?

Se observan esas viceversas en busca del chiste y del donaire.

Bien está que en Rinconete y Cortadillo, cuyos personajes eran gentes bajas, ignorantes y truhanescas, se diga *adversario* por aniversario, *naufragio* por sufragio, *estupendo* por estipendio, sin que se nos alcance la necesidad de que Cortadillo le explique esas palabras al paciente lector, pues no es de suponer fuera tan necio que quedara ayuno; pero en Sancho, ni pasan ni puede pasar, como muy atinadamente lo ha observado el insigne cervantista señor Rodríguez Marín.

Por esto y por otras muchas cosas, no bien estudiadas, Sancho ha pasado para el concepto de las gentes, tal como no ha sido ni debe ser en lo sucesivo.

¿Qué de extraño tiene que personas que como ilustradas pasan en el mundo, digan que fué un glotón, porque don Quijote dice que “nació para morir comiendo”, sin recordar que en otra parte

le había dicho que nació para dormir, como si fuera compatible el morir comiendo estando siempre dormido?

Estas son andaluzadas, y como tales, no pueden tomarse al pie de la letra, a menos de incurrir en muchos errores.

Y ¿qué diremos de los que aseguran como artículo de fé, que el carácter de Sancho fué bajuno y villano?

¿Lo sería acaso en la ínsula barataria en casa de los duques, en su trato con don Quijote, su mujer y sus hijos o con las personas que tratara? ¡Sancho bajuno y villano! Si no existieran más que estos dos hechos, que sucintamente vamos a referir, bastarían para sacar a las gentes del error en que hasta ahora han incurrido.

Se recordará que los apicarados servidores de los duques, quisieron burlarse de Sancho, con aquel lavatorio, empleando una especie de artesa o dornajo con agua, que a todo olía menos a rosas, y lleno de ira al verse tratado de tal modo, salió corriendo y protestando donde su amo estaba y delante de todos dijo: yo estoy limpio de barbas y no

tengo necesidad de semejante refrigerio; y el que se llegare a lavarme ni a tocarme a un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada, que le deje el puño engastado en los cascos; que estas tales cirimonias y jabonaduras, más parecen burlas que gasajos de huéspedes.„ Es indudable que cualquier otro por congraciarse con los duques, por hacerles reir, siguiéndoles el humor, no solo se hubiera dejado lavar la cara sino hasta otras cosas más recónditas, muy propias de caracteres bajunos y aduladores, pero Sancho ni les consiente a aquellas gentes tales burlas ni le importa un comino se disgustaran los duques.

En otra ocasión díjole la duquesa que siendo su amo loco y siguiéndole él como escudero, sin duda alguna, debería ser más loco y tonto “y siendo esto así, como lo es, mal contado te será señora duquesa, si al tal Sancho Panza le dás ínsula que gobierne; porque el que no sabe gobernar así, ¿cómo sabrá gobernar a otros?„ Si esto se le hubiera

dicho a cualquiera de los infinitos pretendientes que existen, no ya para un gobierno, sino para una simple portería hubiérase echado a temblar; revuelto hubiera cielos y tierra por conseguir la promesa de aquella dama y deshaciéndose en mentecatas adulaciones, no parara hasta que a fuerza de arrastrarse, consiguiera su objeto, pero Sancho, el bajuno y villano Sancho, la dijo: “Y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios, y podría ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia: que magüera tonto, se me entiende aquel refrán de *“por su mal le nacieron alas a la hormiga;”* y aún podría ser que se fuese más aina Sancho escudero al cielo que no Sancho gobernador.”

¡Que si estas cosas fueran frecuentes mejor andarían los gobiernos del mundo y con más desinterés y probidad serían regidos y gobernados!

Esto aparte ocurre una cosa muy peregrina y graciosa con ese libro. Muchas, muchísimas personas de las que sostienen que el objeto de Cide Hamete

Benengeli, al escribir su libro, no fué otro sino el de ridiculizar la andante caballería, no han leído ese libro; otros, algunos capítulos, y no pocos, algún que otro compendio en la escuela cuando niño. Y es que en España, por desgracia, se lee poco, y la mitad de lo que se lee, es de mosqueo, y tan en poco aprecio se tiene al libro y al esfuerzo mental y pecuniario del autor, que si este tiene la fineza de regalarlo a alguna que otra persona, no recibe ni siquiera las gracias.

Por estas razones ¿cómo es posible hacerles comprender que bajo la denominación de libros de caballería, no solo se refirió a aquellos, sino a todos los que estaban faltos de moral, arte y belleza? Imposible. Y tanto es así que también se llaman a sus novelas ejemplares, y fuera de "La Gitanilla," y "La fuerza de la sangre," las restantes no se les ve la ejemplaridad por parte alguna, puesto que los protagonistas, son generalmente damiselas forzadas bajo promesa de futuro matrimonio con otras lindezas por el estilo. Creemos firme-

mente y lo seguiremos creyendo mientras no se nos demuestre lo contrario, que don Quijote no estuvo loco ni Sancho fué lo que muchos han supuesto y le pedimos a Dios desde lo más profundo de nuestra alma, que todos los cuerdos que existen en el mundo, piensen y obren como él pensaba y obraba, aunque les llamen locos y salgan con lanza en ristre combatiendo los libros de caballerías que inundan la tierra inficionándola con sus errores y sus maldades.



CAPÍTULO IV

Socarrón y ladino allí donde los haya.

Recordará el lector la manera como había de ser desencantada Dulcinea, según lo expresó Merlín en estas palabras:

“Es menester que Sancho, tu escudero,
Se dé tres mil azotes y trescientos
En ambas sus valientes posaderas,
Al aire descubiertas, y de modo,
Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos cuantos
De su desgracia han sido los autores,
Y a esto es mi venida mis señores.”

Oir esto Sancho y protestar al punto, todo fué una misma cosa, pues él decía, con muchísima razón, que nada tenían que ver sus posaderas con los encantos y si de ese modo había de ser desencantada Dulcinea, bien encantada iríase a la sepultura.

Al escuchar esto don Quijote, irritóse en gran manera y le aseguró que le daría, no ya tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes, tan bien pegados, que no se le caerían aunque se juntaran todas las fuerzas de Hércules.

A esto replicó Merlín que habían de ser de su propia voluntad y cuando él quisiera, ya por mano propia o ya ajena, a lo que Sancho contestó: que no habiendo parido a Dulcinea, no consentiría que nadie le llegara a un pelo de su cabeza, lo que oído por la argentada ninfa que junto a Merlín estaba, empezó a decirle tales vituperios, que no pudiéndolos sufrir Sancho, le dijo:

“Pero querría yo saber de la señora, mi señora Dulcinea del Toboso, a donde aprendió el modo de rogar que tiene;

viene a pedirme que me abra las carnes a azotes, y llámame alma de cántaro y bestión indómito, con una tiramira de malos nombres que el diablo los sufra.”

Pero instado por los duques accedió gustoso a azotarse con las condiciones allí establecidas.

Y es que Sancho, padre de los refranes, diríase para sus adentros: “Predicame padre, que por un oído me entra y por otro me sale,” y “cada cual hace de su capa un sayo,” y “donde las dan las toman,” y si ahora dáis en que me azote; yo daré más tarde en no azotarme. “Aprendan, aprendan enhoramala a saber rogar, y a saber pedir, y a tener crianza; que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor.”

Seguramente don Quijote, desmemoriado por tantas y tantas desventuras como después le acaecieron; lleno de profundos pesares, deseoso de ver a Dulcinea en su pristino estado y viendo por otra parte lo remiso que Sancho estaba en cumplir su palabra, no se acordó que habían de ser volun-

tarios los azotes (1) y por eso tomó las riendas de Rocinante, y acomodándolos de modo que pudiera bonitamente azotarle, le empezó a quitar las cintas que sustentaban los gregüescos, y al sentirlo, díjole a don Quijote:

—“¿Qué es esto? ¿Quién me toca y desencinta?

—Yo soy—respondió don Quijote—que vengo a suplir tales faltas y a remediar mis trabajos: véngote a azotar, Sancho, y a descargar, en parte, la deuda a que te obligaste. Dulcinea perece; tú vives en descuido; yo muero deseando; y así, desatácate por tu voluntad; que la mía es de darte en esta soledad, por lo menos dos mil azotes.”

Protestó Sancho, insistió don Quijote y viendo su escudero que allí había de ser Troya, sin miramientos ni respetos de ninguna clase, luchando armóle tal zancadilla, que cayendo ambos en tie-

(1) De este olvido de don Quijote algún comentarista quiere hacerle cargo a Cervantes como si al crear esa portentosa figura hubiera querido convertirlo en autómeta.

rra, mal lo pasara don Quijote si no hubiera desistido de su intento.

¿No era éste el que hartábase en todas cuantas ocasiones se le ofrecían, en llamar a Sancho, simple y tonto, aforrado de lo mismo? ¿No fué él el que creyó que Sancho se azotaría a la buena barba, porque Merlín y los duques lo dijeran? ¿Qué seso era el suyo que no conoció que Sancho era un socarrón y ladino, tan acertado en sus juicios como práctico en sus obras?

Viéenos esto a la memoria porque recordamos las tretas de que se valió para convencer a su amo de estar pronto a azotarse y desencantar a Dulcinea a costa de las rasgaduras de sus carnes, más blandas de lo que eran menester para conseguirlo.

Una vez que hubieron salido la última vez de casa de los duques, ponderábale don Quijote a Sancho, la virtud que del cielo había recibido para resucitar muertos, como había acontecido con la intrépida Altisidora y aunque él no las tuviera todas consigo, pues bien sabía que la salud ajena costábale gotas de

sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos, azotes y otras zarandajas por el estilo, sin recibir beneficio alguno, sin embargo, cuando oyó decir a don Quijote que si él estuviera pronto a llevar a cabo la prometida azotaina, para desencantar a Dulcinea, le daría buena paga. Sancho al oír tales ofrecimientos, abrió los ojos de pár en par y las orejas casi se juntaron para no perder hilo de cuanto don Quijote le había dicho, contestándole:

—“Agora bien, señor, yo quiero disponerme a dar gusto a vuesa merced en lo que desea, con provecho mío; que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado.”

Ajustaron el valor de cada azote cuya suma resultó ser ochocientos y veinte y cinco reales. Dióle don Quijote muchas y descompasadas gracias, y convenido el lugar y la hora para llevar a cabo lo convenido, tendiéronse sobre la verde hierba, cenando del repuesto que Sancho llevaba, ansiando don Quijote que el sol se despertara más pronto de lo ordinario para contemplar la aurora

del desencanto de Dulcinea, luz de sus ojos y espejo de su alma.

Llegó el momento, y don Quijote como buen cristiano y caballero, recomendóle muy mucho se diera de tal manera los azotes, que no le faltara la vida, pues tenía mujer e hijos.

A lo que Sancho respondió:

—“Al buen pagador no le duelen prendas: yo pienso darme de manera, que sin matarme, me duela; que en esto debe de consistir la substancia deste milagro.”

Desnudóse de medio cuerpo arriba y apenas habíase dado cinco azotes, cuando le pareció barato el precio, y llamándose a engaño, consiguió de don Quijote se doblase la partida; pero en vez de dárselos en las espaldas, daba en las cortezas de los árboles, con tal fuerza y continuados suspiros, que parecía le arrancaban el alma, de tal modo que, movido don Quijote a lástima, le dijo refrenara su ardor, pues Zamora no habíase ganado en una hora.

—No, no señor,—respondió Sancho:—

no se ha de decir por mí: “a dineros pagados, brazos quebrados.”

—“Apártese vuesa merced otro poco y déjeme dar otros mil azotes siquiera; que a dos levadas destas habremos cumplido con esta partida, y aún nos sobraré ropa.” Y empezó de nuevo con tal ímpetu, que dejó sin corteza a muchos árboles que junto a él estaban, y con un desaforado azote en una haya, dijo: “¡Aquí morirá Sansón y cuantos con él son!”.

¿Qué tal, el simple y tonto aforrado de lo mismo, como don Quijote le llamaba? Bien es verdad que, el encantatorio de Dulcinea había salido de su caletre, y mal podían desencantarla ni los azotes ni los ruegos y promesas de todos los caballeros andantes del mundo, y como del pan de los tontos comen los listos, Sancho guardóse el dinero, demostrando de este modo que era un socarrón y ladino, allí donde los haya...



CAPÍTULO V

De las esperanzas, temores y desengaños de Sancho.

Apegado al terruño, contento con el vivir, tranquilo de los campos, estaba Sancho con su no muy numerosa familia en un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme.

Jamás habían pasado por su mente las locas ambiciones que, a unos llevan en pos de la gloria, y a los más, a su descrédito y ruina, hasta que un su vecino, fué tanto lo que le instó y prome-

tió si le seguía, que avasallado por tanta bienandanza, quiso probar fortuna, uniendo su suerte a la suya. Contóle a su mujer las grandes dichas que a marchas forzadas iban a entrar por sus puertas, si era contenta en que sirviera como escudero a un tan gran hidalgo como era don Quijote de la Mancha. Y ella menos ambiciosa que él, o tal vez asaz, perspicaz y prevenida, al punto puso en duda tanta grandeza y dicha tanta como su marido le ofrecía.

Con tal motivo tuvieron muchos altercados, y a las veces, no exentos de atinadas reflexiones por parte de Teresa Panza; pero siempre Sancho ganaba la partida, no solo por ser el jefe de la familia, sino por la buena intención y deseo que en todo le guiaba.

¿Qué de particular tiene, oyera al cura de su aldea que muchos habían subido desde los más bajos linderos de la vida, hasta las más altas cimas del poder y la gloria, y que a él pudiera acontecerle otro tanto, con poco que la fortuna ayudara a su amo, sabiendo como sabía que era tan valiente y atre-

vido como César y no menos sabio que Solon y Séneca?

Y como no era mucho lo que pedía, sus esperanzas iban creciendo a medida de las grandes hazañas de su amo, que ya se iban extendiendo por el mundo y no menos celebradas.

Cayendo aquí y levantándose allá, las más de las veces con mayor infortunio que ventura, llegaron a Sierra Morena, y fueron tantas las locuras que allí vieran hacer a don Quijote, que bien pronto lo dejara, sino hubieran venido a alentar su casi perdidas esperanzas de ser gobernador, cien escudos de oro que encontró en una maleta rota.

Y como los duelos con pan son menos, desistió de su intento, aceptando el envío de la carta a Dulcinea con la promesa que don Quijote le hizo de darle las mejores bestezielas que en su casa se criaran.

Asaz contento salió Sancho de aquella agreste y solitaria Sierra y detúvose en la venta que, para mal suyo conociera, en la que encontró al cura y al barbero de su pueblo, que iban con

presupuesta intención de buscar a don Quijote allí donde quiera se encontrara.

Preguntando por él, negóse Sancho a decir donde estaba; pero fueron tantas las amenazas, primero, y los ofrecimientos que después le hicieron, que al fin declaró por todos sus términos, lo que hacía y el lugar donde lo había dejado.

Entre otras muchas cosas dijéronle a Sancho que bien podía llegar su amo a ser Emperador o Arzobispo con lo que él quedaría beneficiado en más del tercio y quinto de sus muchas y saneadas ganancias, y Sancho al oír esto, fueron tantos y tales los temores que le asaltaron, que al punto dijo: Procuren vuesas mercedes que sea Emperador y no Arzobispo, pues siendo yo casado y con hijos, no puedo llevar ningún beneficio curado, no recordando que si un rey hizo a su caballo cónsul, bien podía don Quijote, siendo Arzobispo, hacerlo a él, que era hombre, Arcipreste de las Indias con otras muchas cosas de substancia y momento.

Desvanecidos por el Cura y el barbero estos temores, salieron juntos

en busca de don Quijote, y no fué mucho el camino recorrido, cuando le vieron tan sin ropa y demacrado, que más bien parecía alma del otro mundo que de éste.

Allí empezaron a revivir de nuevo las esperanzas de Sancho, por la aparición de la reina Micomicona que iba en busca de don Quijote, para que con su intrépido corazón y fuerte brazo, la colocara en el reino que un desafortunado gigantón le había usurpado.

Nunca mejor que entonces creyó Sancho que su amo debía casarse, no sólo porque aquella dama le parecía de perlas y tal vez más bella que Dulcinea, sino porque siendo su amo Emperador, él tomaría buena parte del reino o de sus vasallos, que aunque negros, él los vendería poniéndolos más blancos que una pared.

Contentísimos salieron todos de la Sierra y ya Sancho tocaba con las manos la realización de sus deseos, cuando en la venta vió que Dorotea y don Fernando, a hurtadillas, se rozaban los labios, y todo lleno de pesar díjole a don

Quijote, que aquella era tan princesa como su madre, y que otro y no ellos, se llevarían el fruto de sus trabajos.

Grandemente disgustó esto a don Quijote, y convencido Sancho que todo había sido ilusión y encantamiento, volvió de nuevo a recobrar sus ya perdidas esperanzas.

Y como tras de una desgracia viene otra, no tardó mucho tiempo en oír de boca del Canónigo, que nunca habían existido caballeros andantes, siendo sus historias fingidas y disparatadas, y si esto era así, mal año para que él fuera gobernador o conde.

Así las cosas, después de muchos y lamentables sucesos, llegaron a su pueblo, él sin haber conseguido sus deseos, y don Quijote enfermo. No se les cocía, como suele decirse, al amo y escudero, el pan en el cuerpo, y viendo el uno la falta que en el mundo hacía su presencia, y el otro, por ver si encontraba otros cien ducados de oro, amén de alguna de las cosas que don Quijote le prometiera, determinaron salirse por esos mundos en busca de nuevas aventuras.

¿Y quiénes, al saber, como ellos supieron, por boca de Sansón Carrasco que ya sus hechos andaban en estampa en no pocas naciones, leídos por todos y admirados por muchos, no se creyera ya gobernador, cuando tantos, con menos méritos, servicios y renombre, des gobiernan tantas cosas en el mundo? Por eso sus alegrías fueron grandes y sus esperanzas aumentaron en no pequeñas proporciones, y por eso instaba a don Quijote volvieran a salir en busca de nuevas aventuras, a ver si con la gloria del vencimiento veíase conde o gobernando una ínsula.

Grandes inconvenientes tuvo que vencer para conseguir su partida, como la oposición de Teresa Panza, las hablillas del pueblo y los resquemores del ama y sobrina. Al fin, vencido todo y de acuerdo con el bachiller Sansón Carrasco, partieron cuando el Sol no alumbraba con sus rayos y los pájaros empezaban a salir de sus nidos y las flores abrían sus cálices para embalsamar el aire con sus puros y delicados aromas camino del Toboso.

No referimos las alternativas que durante este tiempo sufrieron las esperanzas y temores de Sancho hasta llegar a casa de los duques, donde, con las atenciones recibidas y ofrecimientos hechos volvieron a renacer sus deseos de ser gobernador, o por lo menos conde. Y no salieron fallidas sus esperanzas, pues al poco tiempo vióse en la ínsula Barataria, donde gobernó a las mil maravillas, y si no estuvo más tiempo fué porque la virtud enfada y la justicia está lejos de la Tierra.

Así lo comprendió él, y sin pena ni gloria marchóse de ella desnudo y sin blanca y con hambre, que es un salir memorable y glorioso y tan desengañado de la vileza humana, que por más que le instaron para que se quedara, jamás pasó por su mente ser gobernador de semejantes mentecatos, desagradecidos y ruines. Bien creemos que en aquel instante, después de haberse despedido de don Quijote y los duques hubiérase vuelto a su casa a cuidar de su mujer e hijos; pero fueron tantos los sucesos que en el palacio ocurrieron, que volvió de

nuevo la esperanza a acariciar su frente, diciéndole muy quedo que, si no gobernador, podría ser, por lo menos, conde, dándole el mayordomo del duque doscientos escudos de oro para ayuda de costas. Pero no hay mal que solo venga: fué vencido don Quijote en Barcelona, y lo que antes eran temores comenzaron a ser realidades, las que tuvieron fatal desenlace cuando oyó decir a don Quijote en su lecho de muerte:

—“Dadme albricias, buenos señores, de que yo ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de *Bueno*. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería, ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino.”

Si, pues, no hay ya caballeros andantes ni sus historias son verdaderas, se dijo Sancho, no seré conde ni gobernador de parte alguna. Y allí, sin apartar-

se dos dedos de don Quijote, alma de su cuerpo y cuerpo de su alma con el estertor de su agonía, con el sosegado rezar del sacerdote, con los muy velados sollozos del ama y sobrina, Sancho iba repitiendo como salmodia funeraria:

—“¡Todo lo de este mundo es vanidad de vanidades y todo vanidad!...



CAPÍTULO VI

Espiguelo por los campos del QUIJOTE

Pensar que la inteligencia se la ha dado Dios al hombre para que conociendo las cosas las exprese por medio del lenguaje de una manera clara y sencilla, para que todos las conozcan y comprendan, y que ahora, en estos felices tiempos que corremos, ciertos superhombres se empeñan en escribir cosas con las que trituran el entendimiento, saliendo los conceptos tan oscuros, que no es posible verlos ni penetrar en ellos con

todas las luces del mundo ni con todos los instrumentos que tiene la Cirugía.

Que ocurra algo de esto en otras lenguas muy limitadas en la acepción de sus vocablos, pudiera pasar; pero en la castellana, tan abundante, tan hermosa y sonora, no tiene perdón de Dios, y mucho menos sabiendo, como sabemos por confidencias fidedignas, que ese es el lenguaje que se habla en el cielo. Preguntándole al que esto nos dijo, cuál fuera la causa de este privilegio, nos contestó:

—Porque la lengua española es la que más almas ha llevado al cielo y, además, porque allí se refiere que cansada la Virgen de la dureza y poca sonoridad de las lenguas que oyó hablar el día de Pentecostés, eligió como idioma predilecto el español, y por eso mandó a Santiago le edificara una casa desde donde pudiera oír hablarle hasta la consumación de los tiempos.

¡Pues nada, a pesar de todo cuanto hemos referido, ciertos escritores se empeñan en que para entender algo de lo que escriben o nos quedemos en ayunas

o tengamos necesidad de acompañarnos de unos cuantos diccionarios, que a las veces, tampoco son los mejores consejeros. Este mal no es de hoy, para que así se cumpla aquello del sabio: No hay nada nuevo debajo del Sol, pues ya a don Quijote le parecían como de perlas aquellas intrincadas razones de Feliciano de Silva, que decían:

—“La razón de la sinrazón' que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura.”

Y también cuando leía:

—“... los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os testifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.”

Pero esto son tortas y pan pintado con lo que, no hace mucho tiempo, leímos en un periódico, el cual decía:

“La permuta de Gibraltar por Tánger; observo a los honorables preopinantes que pesa un poquito en el ánimo del pensador un antecedente de setecientos años, más aún las universales amistades

de la España, enteramente reservables con la Inglaterra. Que la verdad, está guarnecida de defensas.”

Ved ahora una página inspirada por Dios, escrita por el hombre:

Libro de Caio Cornelio Vero Tácito. Del sitio, costumbres y pueblos de Alemania. Primera parte. De lo general de Alemania (versión elegante de D. Baltasar Alamo Barrientos. Universidad de Sevilla):

“El Rin y el Danubio dividen a toda la Alemania de las Galias, Retias y Pannonias y de los Sármatas y Dacos (algunas) montañas, o el miedo que se tienen los unos a los otros... Yo creería que los alemanes tienen su origen en la misma tierra y que no están mezclados con la venida y hospedaje de otras gentes; porque los que antiguamente querían mudar de habitación las buscaban por mar y no por tierra; y de nuestro mar van muy pocas veces navíos a aquel grande Océano, que, para decirlo así, está opuesto al nuestro. Y quien quisiera dejar el Asia, Africa o Italia, y por miedo a los peligros de un mar horrible y no

conocido, ir a buscar a Alemania, tierra sin forma de ello y de áspero cielo y de ruín habitación y triste vista, si no es para los que fuere su patria.»

¿Qué tal? La verdad es que este lenguaje no nos extraña, porque como las ciencias adelantan que es una barbaridad, a la clasificación de inteligencias cero, ordinarias, extraordinarias, inteligencias cumbres y genios, si es que existen, hánse agregado hoy las inteligencias oceánicas, que, por mucho que se las busque el fondo, nunca se le encuentra. A esta categoría deben pertenecer estas lucubraciones, que ni Dios ni el diablo las entiende. Véase la muestra:

“Las impresiones forman un tapiz superficial, donde parecen desembocar caminos ideales que conducen hacia otra realidad más honda. La meditación es el movimiento en que abandonamos las superficies como costas de tierra firme, y nos sentimos lanzados a un elemento más ténue, donde no hay puntos materiales de apoyo. Avanzamos atenidos a nosotros mismos, manteniéndonos en

suspensión merced al propio esfuerzo, dentro de un orbe etéreo habitado por formas ingrávidas.

Con este galimatías bien le lucirá el pelo a las impresiones y meditaciones ingrávidas. Y es que hasta el catecismo, que de una manera tan sencilla explica esas cosas, no está seguro.

¿Y cómo ha de estarlo, si antaño se le preguntaba a un niño quién era Cristo, y respondía: el Hijo de Dios Eterno? En cambio ahora tenemos un Cristo de la historia y un Cristo de la fe, una Iglesia de la historia y otra de la fe, unos Sacramentos de la historia y otros de la fe y otras muchas cosas por el estilo, y menos mal que todas ellas son historias. Si de aquí pasamos a la poesía, veremos asimismo los conceptos enrevesados e inexplicables que emplean los poetas, todo por el deseo de la novedad y sobresalir del corriente y natural hablar de las gentes, y es que se olvidan de aquellas saludables advertencias que don Quijote dió en estas palabras:

—“La Poesía, señor hidalgo, á mi parecer, es como una doncella tierna y de

poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio; hála de tener, el que la tuviese, a raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias ó en comedias alegres y artificiosas; no se ha de dejar tratar de los truhanes ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran.„

Y como no se guardan estos consejos, veremos alguna poesía, como ejemplo, a la que nosotros la añadiremos algunos pareados más o menos poéticos que es una delicia:

En sangre y en llanto está la tierra antigua
(lo mismo que en Europa y la manigua).
La muerte cautelosa, o abrasante, ó ambigua,
(¡Oh!, fuerza del consonante a lo que obligas, a
[decir que son blancas las hormigas]).

Pasas sobre las huellas
del Cristo de pies sonrosados,
(que es un pasar nunca pensado).
Que regó lágrimas y estrellas
(ellas, ellas, ellas').
La humanidad, quieta,
(que no sabe si pasar o estarse quieta),
Ve [la muerte de un Papa y el nacer de un
[cometa

Como en el año mil
(o como pasará el año cuatro mil).
Y ve una nueva torre de Babel
Desmoronarse en hoguera cruel
Al estampido del cañón y del fusil
(cosa que no verá usted).
¡Matribus detestata! Madre negra
(esto no puede pasar ni destetada),
A quien el ronco ruido alegre
(esto no ocurre nunca en nuestra tierra).
De los leones, Palas
(palas, picos y azadones),
Odiosa a las dulces mejillas,
Puesto que das las flechas y las balas
(¡ohl, Palas, Palas, Palas).
Sólo abominada seas
Por los corrientes siglos y fugaces edades,
Porque, a pesar de todo, tus fuertes potestades

Sucumbirán al trueno de oro de las ideas.

(Ni las ideas truenan

ni tienen oro

ni cosa que tal sea).

Entre la claridad de esos versos y lo anteriormente mencionado, “y la razón de la sinrazón que á mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura,, me quedo con esto. El lector puede quedarse con lo que mejor le viniese en gana. Y no es tan nueva esa manera de escribir como muchos creen, pues ya un cierto músico le había dicho a don Quijote:

—“No se maraville vuesa merced deso—respondió el músico,—que ya entre los intonsos poetas de vuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere y hurte de quien quisiere, venga o no venga a pelo de su intento, y ya no hay necedad que canten o escriban que no se atribuya a licencia poética.,”

Si de la poesía pasamos a la pintura, veremos las mismas licencias y extravagancias, no tan nuevas ni modernistas como ahora se dice, que ya don Qui-

jote no las hubiera anunciado en aquel pintor Orbaneja, al que tan graciosamente describe, diciendo: "Este es un gallo. Este es un burro, única manera de poder averiguar lo que en el cuadro estaba pintado." Es cierto que esto no se hace hoy; pero, en cambio, el observador tiene que colocarse a cierta distancia, convenida por el autor, con objeto de distinguir si lo que se ve es un tomate, un melón, una berenjena o una figura humana.

Hoy, que tanto se habla de feminismo, que según la significación de la palabra debiera interpretarse amor a la mujer, y por lo que vemos y observamos parece lo contrario, vamos a ver cómo pensaba don Quijote acerca de los respetos y consideraciones que deben guardárseles, con objeto de contrastarlo con algo de lo que ocurre en nuestro tiempo. Si leemos ese libro detenidamente, observaremos que la mayor parte de las mujeres que figuran en él las pintaba soberanamente hermosas, muchas veces no con justa razón. No hay sino recordar los elogios y alabanzas que a Dulcinea

dirigió en todos los lugares que la cita para convencerse plenamente de lo galante y entusiasta que era de las mujeres. Y si alguno dijere que bien pudo hacerlo por ser la dama de sus pensamientos, veamos cómo pensaba de las restantes de su historia. Recordará el lector que una vez vencido el vizcaíno, aquellas asustadas señoras pidiéronle con gran encarecimiento les hiciera la merced y favor de perdonar la vida a su escudero, y al momento, con gran cortesía, respondió:

—“Por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís.”

De Marcela dijo:

—“Y así fué que, cuando llegó á la edad de catorce o quince años, nadie la miraba que no bendecía á Dios, que tan hermosa la había criado, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella.”

A Luscinda la celebró de este modo:

—“Vivía en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara a desearme: tal es la hermosura de Luscinda.”

De Dorotea dijo asimismo:

—“Alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban de ver una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dijo al cura en voz baja. Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina.”

Y de Camila, “que era una doncella principal y hermosa.”

Y tan comedido y cortés era, que las mismas faltas que en ellas observara cubríaslas siempre con expresiones, galantes o disimulándolas, como en aquella ocasión, cuando dijo a doña Rodríguez:

—“Pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido.”

Pero donde llegó don Quijote a lo incomprendible de la galantería y tolerancia en el respeto y consideración que debe guardarse a la mujer fué con la atrevida Altisidora, pues ésta, desde la burla tolerable, hasta la más cruel y sangrienta, lo aprovechó todo para mortificarle, y, sin embargo, su única venganza fué decirle a la duquesa:

—“Señora mía, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupación honesta y continua. Ella me ha dicho aquí que se usan randas en el infierno, y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano; que ocupada en menear los palillos. no se menearán en su imaginación la imagen ó imágenes de lo que bien quiere, y esta es la verdad, este mi parecer y este mi consejo.”

Bien es verdad que se las hubo con don Quijote, que de habérselas con Sancho otras misas le dijeran, como él se lo aseguró en estas palabras:

—“Mándote yo, pobre doncella; mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con una alma de esparto y con un corazón de encina. ¡A fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara!”

Y en otro lugar le dijo a don Quijote, refiriéndose a los amores de Altisidora:

—“¡Crueldad notoria! ¡Desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la más mínima razón amorosa suya. ¡Hi de puta, y qué

corazón de mármol, qué entrañas de bronce y qué alma de argamasa!„

Hablando en otro lugar de las cualidades que deben adornar a la mujer, dice:

—“Que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinión buena que de ella se tiene.„

Aconseja no se le ponga delante incitantes atractivos, porque la mujer es un animal imperfecto, y no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera a alcanzar la perfección que le falta, que consiste en ser virtuosa„, y la razón que alega para ello es “que quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud ni fuerza natural que pueda por sí misma atropellar y pasar por aquellos embarazos.„ Cual sea el trato que debe darse a la mujer, indícalo en estas palabras:

—“Háse de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias: adorarlas y no tocarlas.„

A los feministas modernos, que consideran el divorcio como la última palabra de todo el bienestar de las familias, les dice:

—“Cuando Dios crió á nuestro primer padre en el Paraíso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adán y que, estando durmiendo, le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó a nuestra madre Eva, y así como Adán despertó, y la miró, dijo: “Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos.” Y Dios dijo: “Por ésta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne mesma.” Y entonces fué instituído el divino Sacramento del matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso Sacramento, que dos diferentes personas sean una mesma carne, y aún hace más en los buenos casados: que, aunque tienen dos almas, no tienen más de una voluntad.”

Este era el trato delicadísimo, caballeroso y cortés y, los respetos que a don Quijote le mereció siempre la mujer

cualquiera que fuera su categoría y estado muy al contrario, por cierto, de la manera como hoy se las trata, ya con el chiste grosero que se las dirige, como si el que tal hace no tuviera madre o hermana, a las que de manera alguna consentiría que en tal forma se tratasen. Y como la culpa no es sólo del hombre, es menester decirlo claro, para que cada cual reciba lo suyo. Tenga entendido la mujer que cuando se separa de los deberes que le imponen su condición y sexo, cuando con esas modas provocativas y hombrunas incitan al hombre a la curiosidad, primero, y a la liviandad, después, no espere las consideraciones y respetos que merece la mujer honesta y virtuosa. Por eso, parodiando los versos del poeta, podemos exclamar:

Gemid, humanos,
pues en él pusiteis
todos vuestras manos.

Uno de los episodios más interesantes y curiosos del *Quijote* es aquella discusión que tuvieron en la ventadon Quijote, Sancho y el barbero acerca de si la

bacía era yelmo de Mambino o no, pues deteniéndonos un poco en ello, parece una página arrancada al *Diario de las Sesiones* de cualquier Congreso moderno:

—“¿Qué les parece á vuestras mercedes, señores—dijo el barbero,—de lo que afirman estos gentileshombres, pues aún porfían que ésta no es bacía si no yelmo?”

Esto es lo que pudiéramos llamar la cuestión presentada para ser discutida en cualquier Parlamento del mundo, y viene a ser como si un ministro dijera: “El proyecto que tengo el honor de presentar a la Cámara, aunque a muchos les parezca una calabaza de Totana, no lo es, sino lo mejor y lo más acertado que pueda salir del más claro entendimiento.”

—“Y quien dijere lo contrario—dijo don Quijote—le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si es escudero, que remiente mil veces,”

Estupefacción y gran revuelo causaron estas palabras en la venta, y con las afirmaciones y negaciones de todos los

presentes añadió don Quijote, vulgo ministro:

—“Y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza (o proyecto) que está aquí delante y que este buen señor tiene en las manos no sólo es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo, como está lejos lo blanco de lo negro, la verdad de la mentira.”

La mayoría aplaudió y lo mismo hizo Cardenio, don Fernando y sus camaradas (grupo se llama esto en la jerga parlamentaria), y aun el Oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de don Luis, ayudara por su parte á la burla.

Pero Juan español, digo el barbero, contestó:

—“¿Qué es posible que tanta gente honrada diga que ésta no es bacía, sino yelmo? Cosa parece ésta que puede poner su admiración a toda una Universidad, por discreta que sea.”

¡Cuántas veces se ha llenado el pueblo, no de admiración, sino de espanto, al contemplar los estupendos disparates

que le han hecho tragar dándole bacía por yelmo y yelmo por bacía, contra el parecer de todas las Universidades de la nación! ¡Cuántas veces se ha protestado y hecho ver, como el barbero de la historia, la verdad y la justicia, y, sin embargo, la bacía quedó por yelmo de Mambrino hasta la consumación de los siglos! Y si por ventura las oposiciones y la protesta del pueblo aumentaba con grave peligro, entonces don Fernando (vulgo ministerio), “tomando los votos de unos en otros, hablándoles al oído para que en secreto declaren si era albarda o jaez aquella joya sobre quien tanto se había peleado”, queda terminada la cuestión siempre a favor de los que tales medios emplean.

Hecho el escrutinio, alguien, con voz sonora y solemne, dice: “Preguntada la Cámara, la mayoría manifiesta que lo propuesto por uno de sus miembros más distinguidos, “que no es albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y, así, habréis de tener paciencia, porque, a vuestro pesar y al de vuestro asno, éste es jaez y no albar-

da, y vos habéis alegado y probado muy mal de vuestra parte.,,

Telón corrido. ¡Y quiera Dios que esta guerra, que tantas cosas ha destruído, consiga no vuelva a levantarse más ese telón para que no se representen en su escenario esas comedias, que son el origen de todas las anarquías bravas y mansas que hoy existen en la tierra!... Jamás en España el pesimismo fué patrimonio de sus grandes héroes, de sus gobernantes y estadistas. Toda su historia es un conjunto de abnegaciones y esfuerzos sobrehumanos.

Sus luchas, desde los primeros albores de la vida nacional, son un constante esfuerzo por vivir. Rechaza las invasiones de hunnos, alanos y suevos, romanos, godos y árabes, y cada derrota sufrida sirve para jurar ante los altares de sus dioses que España sería inmortal y sus hombres muros de granito, donde se estrellarían las adversidades que le ofrezca la loca fortuna. Templada el alma española en el ejercicio de todos los heroísmos y virtudes tenía necesariamente que engendrar aquella

raza de gigantes que descubrieron y civilizaron nuevos mundos con su fe, su valor y su lengua. Por eso aquí es donde ha sido posible la creación de un don Quijote de la Mancha, soñador de todas las grandezas épicas y morales que puede realizar un pueblo en el mundo, porque esos sueños habían sido realidades y sus locuras habíanse traducido en hechos, que son los blasones que con orgullo puede ostentar ante la faz de la tierra. Por eso cuando vemos a don Quijote triste abatido por su vencimiento en Barcelona, un escalofrío se apodera de todo nuestro sér al contemplar en ese hecho la desaparición de una raza que nunca tembló por la derrota y que jamás abrigó en su pecho el pesimismo, aunque toda la Tierra luchara contra ella. En esa melancolía que se apoderó de él al verse vencido en ese ofrecimiento de no volver a sus nobles y elevadas andanzas, vemos nosotros las generaciones de pigmeos que habían de nacer al conjuro del pesimismo que tuvo en sus postreros días el caballero valiente y sin tacha. Desde ese instante España empe-

zará a declinar como si fuera empujada por un genio maléfico y a ser gobernada por medianías obscuras y egoistas, por politicastros más atentos a sus intereses personales que a los de la patria, y desde ese momento las demás clases directoras de la sociedad buscarán la quietud, el bienestar, el acaparamiento de honores y cargos, sin entrometerse para nada con libros de caballerías, que suponen acción, movimiento y vida, y cuando se vean faltos de toda iniciativa y de todo interés por la patria, dirán que ésta carece de pulso para toda obra de regeneración y grandeza. Pero ese no es el pueblo, esa no es la nación nacida para realizar grandes cosas en la tierra, ese pesimismo de don Quijote en los últimos momentos de su vida y que tantos daños nos han acarreado, no es la médula del pueblo español, esa se encuentra representada en Sancho, el que si entonces supo decir a don Quijote estas palabras:

—“Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperida-

des, y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de a pie no estoy triste; porque he oído decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza y, sobre todo, ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe a quien derriba ni a quien ensalza,, las repetirá una y mil veces y siempre que sea necesario alentar a su pueblo, y lo conducirá de nuevo a esculpir en su historia grandes hechos y gloriosas hazañas.

Mucho se ha fantaseado acerca de la pobreza de Cervantes, y tantas cosas se han dicho y tantas lágrimas se han vertido sobre su tumba, que habría suficiente cantidad para nadar en ellas. Es claro que a nosotros no nos pesa, ni puede pesarnos la conmiseración al prójimo; pero conviene dilucidar este punto para dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que sea suyo. Para ello es preciso distinguir al Cervantes escritor del Cervantes empleado público.

Es claro que, bajo este concepto, padecería muchas estrecheces, disgustos y

hasta prisiones, como la que sufrió con motivo de unas cantidades de trigo que mandó sacar de Ecija. Esto no tiene nada de particular, si tenemos en cuenta que su oficio entonces, como ahora, es generalmente odioso al pueblo, pues si a éste no le agrada abrir la bolsa para pagar las contribuciones corrientes, menos le agradará le cobren con creces las ya atrasadas. Además, ya sabemos, y tonto será el que lo ignore, que ningún cargo o carrera en España, y tal vez fuera de ella y honradamente ejercidos no hace a las gentes millonarias, y mucho menos si tiene alguna familia a su cargo. Así es que no es maravilla que Cervantes, considerado desde este punto de vista fuera pobre, y si por esa desgracia estamos obligados a lamentarlo y sentirlo, entonces no habría lágrimas en el mundo para llorar la pobreza y estrechez de tantos proletarios de levita como existen en el mundo, obligados á vestir decorosamente, subvenir a las necesidades de sus familias, todo con un sueldo mofa y escarnio de las gentes. Si como empleado público no hay motivo

alguno para entristecernos con la pobreza de Cervantes. Estudiémosle ahora como escritor.

Nos extrañamos hoy, después de los innumerables ejemplos que ante nuestra vista hemos tenido, de que un escritor de hace tres siglos no pudiera vivir holgadamente con sus trabajos literarios, como si hoy la mayoría que, por su mal escribe para el público, gozaran de mayor fortuna que entonces, y siendo esto así, creemos se ha exagerado la nota de la pobreza de Cervantes como escritor. Hoy está fuera de duda que sus comedias, representadas, ya por Pedro Morales, ya por Jerónimo Velázquez, no sólo le dieron renombre, sino también pingües ganancias, como se demuestra por el contrato que celebró con Rodrigo Ossorio, ante el notario Luis de Porras, por el que Cervantes se obligaba "a componer, desde aquel día, en el tiempo que pudiese, seis comedias de las cosas y los títulos que a él le plugiesen y a entregárselas a Ossorio escritas en letra clara y una a una".

Por su parte, Ossorio se comprometía

a representar cada una de ellas a los veinte días de haberla recibido y a dar y a pagar 50 ducados, que son 550 reales, con tal que “pareciese que era una de las mejores comedias que se habían representado en España,, la cual cantidad debía de abonar Ossorio dentro de los ocho días posteriores a la representación, y si a los veinte días de recibida no se representaba, se daba por supuesto que le parecía bien, y estaba obligado a pagarla como si la hubiese representado. Estipulaba también el contrato que, si había pleito o diferencia, Cervantes debía ser creído, bajo su juramento, sin alegar prueba ninguna, y su palabra tenía fuerza para obligar, y compeler y ejecutar a Ossorio si no pagase en los plazos fijados. Este interesantísimo documento prueba cuán injustas y arbitrarias son todas las apreciaciones relativas a la mala suerte de Cervantes, como autor, y a la ingratitud de sus contemporáneos (1).

(1) *El Ingenioso Hidalgo*, por Navarro Ledesma, pág. 343.

Tampoco dejarían de producirle algo *La Galatea*, *El trato de Argel* y sus *Novelas ejemplares* y otras muchas comedias, que fueron representadas con mucho aplauso del público. Respecto al *Quijote*, sabemos por el mismo Cervantes, que contaba con la alta protección de Lemos, duque de Béjar, y singularmente del Primado Sandoval y Rojas, el que, "regocijado por la lectura, que aún tenía poder sugestivo sobre su ancianidad, preguntó si se habían hecho nuevas mercedes a Cervantes. Alguien le anunció que el viejo poeta se hallaba enfermo y tan mal de recursos como era su costumbre. Don Bernardo previno seriamente que no se echase en olvido nunca al autor del *Quijote*," (1).

De este libro sabemos, por lo que el mismo Cervantes asegura, que se habían vendido en su tiempo 30.000 ejemplares y traducido a varias lenguas, que aunque poco le produjeran, por las muchas socaliñas que entonces como ahora tienen que sufrir los autores para ven-

(1) *El Ingenioso Hidalgo*, pág. 602.

der sus libros, no sería una cantidad despreciable en aquellos tiempos. ¡Cuántos son los escritores modernos de gran mentalidad que han contado con tan benéficas protecciones y tan estupenda venta de sus libros! (1) Seguramente podrían contarse con los dedos de la mano, y, sin embargo, nadie se ha acordado de ellos ni ha sentido su pobreza.

Y si algo se ha intentado en nuestros últimos tiempos con algún fecundo escritor, la idea fracasó y bien pronto fué echada al olvido. Es claro que se nos podrá replicar, que no todos se llaman Cervantes, pero es el caso que nadie supo quien era, hasta un siglo o dos después de su muerte, que hasta en esto se ve la estupidez de la humani-

(1) Siempre se ha dicho que de dinero y santidad la mitad de la mitad y por eso no fueron treinta sino doce mil ejemplares los vendidos según el cálculo de los comentaristas, gracias a que no encontró en su camino como nosotros un librero, que no ha querido vender nuestros libros en comisión por no ser autor conocido. ¿Cuándo empezará a ser conocido un autor para ese caballero?

dad que necesita del transcurso de los siglos para enterarse que tal o cual hombre, era una estrella que brillaba con luz propia en el firmamento de las letras, y por lo tanto, digno de admiración y de todo género de protecciones. No creemos, pues, que Cervantes, considerado como escritor, fuera tanta su pobreza, pues esta podía provenir de otras causas, no siendo bastante cuanto sus obras le produjeran para atender y hacer frente a sus muchas necesidades, como era su numerosa familia, lo poco o nada que su padre ganaba, sus frecuentes viajes, tratos con gente de elevada posición, etc., y sobre todo, meterse a escribir y publicar libros, pues la mayor desgracia que puede sobrevenirle a una familia pobre o medianamente acomodada, es tener en su seno un escritor que nada gana, y por regla general, todo lo pierde: tiempo, paciencia y dinero.

A esto, muchos dirán: ¿Y la gloria?

Sí; buena está la gloria póstuma cuando se vive en el infierno de la escasez y la pobreza.

¡Buena está la gloria cuando al genio se levanten una estatua, para que en cualquier plaza pública siga muriendo de frío y soledad, entonces sí que puede alegrarse de haber nacido!

Y hasta tal punto se ha disparatado acerca de la pobreza de Cervantes, que un cierto Embajador de Francia, “que vino a tratar cosas tocantes a los casamientos de sus príncipes y los de España, muchos cavalleros franceses de los que vinieron acompañando al Embaxador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron a mí y a otros Capellanes del Cardenal, mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andavan más válidos, y tocando acaso en éste, que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron a hazer lenguas, encareciendo la estimación en que, así en Francia como en los Reynos sus confinantes, se tenían sus obras, la *Galatea*, que algunos dellos tienen casi de memoria, la primera parte desta y las Novelas. Fueron tantos sus encarecimientos (sic), que me

ofrecí llevarles que viessen el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. Halléme obligado a decir que era viejo, soldado, Hidalgo y pobre, a que uno respondió estas formales palabras: Pues a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público. Acudió otro de aquellos cavalleros con este pensamiento y con mucha agudeza y dixo: Si necesidad le ha de obligar a escribir, plega a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo.„ (1)

¡Válame Dios! ¿Cuándo la pobreza, es decir, los estómagos vacíos y los cerebros hueros, serán un acicate para quemarse las cejas forzando la inteligencia, para discurrir y crear obras inmortales?

Si donde no hay harina todo se vuelve mohina ¿qué les ocurrirá a esos hombres que en el trasiego de una vida

(1) *El Ingenioso Hidalgo*, pág. 548.

llena de privaciones, tienen que escribir para hacerla menos penosa?

Si fuera tal como el acompañante del embajador pensaba, entonces convendría que la mitad del género humano ayunara a pan y agua, a ver si de este modo, se mejoraba algún tanto la pléyade de escritores que en todos los tiempos abundan.

No; la indigencia no es la mejor consejera del escritor como muchas veces lo dijo Cervantes. Lo que hay, es que, cuando Dios crea una inteligencia cumbre, un hombre extraordinario, uno de esos génios que forman época en la historia de las letras o del progreso humano, le comunica ideas que nosotros llamamos impulsivas, y si es pobre, escribe o realiza la idea comunicada, y si es rico, hace lo mismo, sin que por esto su libre albedrío sufra el más pequeño quebranto. Si no fuera así ¿cómo podría explicarse que Colón no abandonara la idea que tenía de la existencia de un Nuevo Mundo, agobiado por su pobreza, por los desdenes y desprecios que de todos recibiera, ni por las tremendas

luchas que sostuvo hasta besar la tierra que él había contemplado en su mente?

Él, a semejanza del Obispo de Hipona, sintió una voz misteriosa que le decía: *Tolle et lege*; toma y lee lo que yo te inspiro y no temas a tu pobreza, ni que te llamen loco, ni que el mundo entero se burle de tí; sigue, sigue por el camino del calvario para que, cuando llegues al Tabor, tu frente sea coronada de gloria y mi nombre ensalzado entre todas las naciones de la tierra.

Por eso creemos que el genio, propiamente dicho, no existe, es decir, no es una consecuencia derivada del entendimiento, sino una idea impulsiva, como hemos dicho antes, comunicada por Dios a ciertos elegidos para realizar cosas portentosas en el adelantamiento humano, dentro, naturalmente, de su plan providencial, y por eso son tan pocos los que como tales pueden ser considerados en el mundo.

Se nos podrá replicar que, siendo esas ideas impulsivas y hasta cierto punto necesarias, la libertad humana no queda bien parada con esta nuestra teoría,

Y sin embargo, es así, porque cuando el hombre quiere rechazarlas en virtud de su libre albedrío, son tantos los atractivos que Dios le ofrece, ya de gloria y renombre, ya haciendo que unas ideas enlacen con otras para hacerle fácil el trabajo, y hasta se le vienen a la mano materiales tan abundantes para llevarla a cabo, que, sin sentirlo, con verdadero gusto y placer, la va realizando hasta que, obsesionado por la idea, la lleva a feliz término, y de un parálítico, que así parece el hombre cuando tiene que realizar algo grande en el mundo, toma su lecho y anda sin temor a la pobreza ni a todos cuantos obstáculos encuentre en su camino. Así, pues, Cervantes, pobre o rico, hubiera escrito lo que escribió, como los Profetas escribieron los mandatos divinos para que sirvieran de guía y enseñanza a los hombres.

Una de las cuestiones más controvertidas en la Historia de España por propios y extraños ha sido, sin duda alguna, la expulsión de los moriscos de esta nuestra nación, sin que sepamos que autor alguno se haya tomado la molestia

de averiguar lo que ciertos personajes del *Quijote* dijeron acerca de la medida tomada por nuestros reyes.

Recordará el lector que cuando Sancho salió de la ínsula barataria, triste, burlado y sin blanca, tropezó con “seis peregrinos con sus bordones de esos extranjeros, que piden la limosna cantando”. Entre ellos diósele a conocer un tal Ricote, vecino que había sido de su pueblo, el cual contóle su historia en estos términos:

—“Bien sabes ¡oh Sancho Panza, vecino y amigo mío! como el pregón y bando que su Magestad mandó publicar contra los de mi nación puso terror y espanto en todos nosotros; á lo menos, en mi le puso de suerte, que me parece que antes del tiempo que se nos concedía para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené, pues, á mi parecer, como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive y se provee de otra donde mudarse) ordené, digo, de salir yo solo,

sin mi familia, de mi pueblo, y ir á buscar donde llevarla con comodidad y sin la priesa con que los demás salieron; porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecución á su determinado tiempo; y forzábame á creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales, que me parece que fué inspiración divina la que movió á su Magestad á poner en efecto tan gallarda resolución, no porque todos fuésemos culpados, que algunos había cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podían oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave, al parecer de algunos; pero al nuestro, la más terrible que se nos podía dar.»

En otro lugar se refiere que, tratando el visorrey con don Antonio el modo que

tendrían para que Ana Félix y su padre quedasen en España, prestóse don Antonio venir a la Corte a negociarlo por medio del favor y de las dádivas, a lo que contestó Ricote:

—“No hay que esperar en favores ni en dádivas; porque con el gran don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, á quien dió su Magestad cargo de nuestra expulsión, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que del unguento que molifica; y así, con prudencia, con sagacidad, con diligencia, y con miedos que pone, ha llevado el peso desta gran máquina sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que contino tiene alerta porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raiz escondida, que con el tiempo venga después á brotar, y á echar frutos venenosos en España, ya

limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenía.”

¡Heroica resolución del gran Filipo III, e inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco!

Muchas de las causas que se tuvieron en cuenta para la tan debatida expulsión de los moriscos la señala Cervantes en su novela *El Coloquio de los perros*, en el que Berganza dice:

—“Pasé por Granada, donde ya estaba el capitán, cuyo atambor era mi amo; como los gitanos lo supieron, me encerraron en un aposento del mesón donde vivían: ofles decir la causa, no me pareció bien el viaje que llevaban, y así determiné soltarme como lo hice, y saliéndome de Granada dí en una huerta de un morisco que me acogió de buena voluntad, y yo quedé con mejor, pareciéndome que no me querría para más de para guardarle la huerta, oficio á mi cuenta de menos trabajo que el de guardar ganado; y como no había allí alterar sobre tanto mas cuanto al salario,

fué cosa fácil hallar el morisco criado á quien mandar y yo amo á quien servir. Estuve con él más de un mes, no por el gusto de la vida que tenía, sino por el que me daba saber la de mi amo, y por ella la de todos cuantos moriscos viven en España.

„¡Oh cuántas y cuales cosas te pudiera decir, Cipión amigo, desta morisca canalla, si no temiera no poderlas dar fin en dos semanas! Y si las hubiera de particularizar, no acabara en dos meses; mas en efecto habré de decir algo, y así oye en general lo que yo ví y noté en particular desta buena gente. Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana: todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan y no comen; en entrando el real en su poder, como no sea sencillo, le condenan á carcel perpetua y á escuridad eterna; de modo que, ganando siempre, y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España; ellos son su hucha, su polilla, sus picazas y sus comadreas:

todo lo llegan, todo lo esconden y todo lo tragan; considérese que ellos son muchos y que cada día ganan y esconden poco ó mucho, y que una calentura lenta acaba la vida como la de un tabardillo, y como van creciendo se van aumentando los escondedores, que crecen y han de crecer en infinito, como la experiencia lo muestra; entre ellos no hay castidad ni entran en religión ellos ni ellas; todos se casan, todos se multiplican, porque el vivir sobriamente aumenta las causas de la generación; no los consume la guerra, ni ejercicio que demasiadamente los trabaje; róbannos á pie quedo, y con el fruto de nuestras heredades que nos “revenden,” se hacen ricos; no tienen criados, porque todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la de robarnos; de los doce hijos de Jacob que hê oído decir que entraron en Egipto, cuando los sacó Moisés de aquél cautiverio, salieron seis-cientos mil varones sin niños y mujeres; de aquí se podrá inferir lo que multiplicarán los destos, que sin com-

paración son en mayor número, (1).

Por estos datos vemos cómo pensaba acerca de la tan debatida cuestión de los moriscos el Príncipe de los Ingenios españoles. Lo que no sabemos es, qué pensarían nuestros ingenios si una mano piadosa expulsara a tanto morisco que, sin haber visto Berbería, pululan por esos mundos de Dios.

¿Quién duda que Sancho, al que hemos admirado por su gran discreción en todo cuanto hablaba y hacía y vindicado, de tantas y tan erróneas opiniones como han corrido acerca de su persona, no tenía defectos y algo que censurar duramente?

El tuvo muchos humos, deseando con todas las fuerzas de su alma, ser conde y más tarde, gobernador de una ínsula, pues aunque como él dijo otros deseaban cosas peores, sin embargo, debió escuchar los consejos de su mujer Teresa, y no subirse a mayores, y así jamás hubiera sufrido los desengaños que experimentó durante su vida, y

(1) *Coloquio de los perros*, pág. 67.

mucho más cuando vió perdidas sus locas esperanzas al pie del lecho moribundo de don Quijote de la Mancha.

Fué interesado poniéndose a discutir con su amo acerca de su más o menos salario, y so pretexto de la locura del mismo, siempre le ajustaba las cuentas del gran capitán. Pero todo esto se lo perdonaríamos de buen grado si no se nos viniera a la memoria aquellos escudos de oro que en una ya destrozada maleta, encontróse en Sierra Morena, si se los hubiera devuelto a su dueño, que bien sabía era el Roto, y no guardárselos bonitamente sin volver a mencionarlos más en la vida. Decimos mal porque una vez llegado a su casa, su mujer le preguntó “si venía bueno el asno”. Sancho respondió que venía mejor que su amo.

—Gracias sean dadas a Dios—replicó ella,—que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora amigo: ¿qué bien habéis sacado de vuestras escuderías? ¿Qué saboyana me traéis a mí? ¿Qué zaticos a vuestros hijos?

—No traigo nada deso—dijo Sancho—

mujer mía, aunque traigo otras *cosas de más momento y consideración*, referencia muy velada a los escudos de oro, pues como no ignoraba que “*res ubicumque sit pro domino suo clamat*,” no quería nombrarlos no fueran a marcharse de sus manos. Pero nosotros en virtud de ciertas licencias recibidas, se los condenamos en gracia a los descompasados mojicones que del cabrero recibiera por culpa de la locura de Cardenio.



CAPÍTULO VII

¿Ha sido Cervantes el primer estilista de la lengua castellana?

Alégranos que un escritor tan ecuánime como el señor Azorín haya dicho en un artículo intitulado *Rabelesistas y cervantistas* "que los clásicos no padecen nada con el examen, la contradicción y la negación. Lo deplorable es el silencio. Y la contradicción supone ya preocupación. Seguramente Cervantes, tan llano y hecho a la vida libre y ancha, gustaría más de uno de esos escritores que le discuten, que de un cervantista de los que ven exquisitos primores

donde no hay sino palabras corrientes.” Y nos alegra porque tal vez algún que otro lector, habrá creído que en estos nuestros trabajos sobre el *Quijote* tratábamos de restar gloria o prestigio literario a Cervantes.

No. Esta no ha sido nunca nuestra intención, y aunque lo hubiera sido, está tan alto su nombre preclaro, que solo el intentarlo hubiera sido una locura. Lo que hay es, como dice el ya citado señor Azorín que, “poco a poco se ha ido formando una especie de *misticismo cervantista*; ya, afortunadamente, han sido abandonados estos vericuetos de la estrategia, la geografía, la medicina, etc., pero el ambiente que se quiere formar alrededor de Cervantes, diríase que no es el de la admiración cordial, sincera, afectuosa, sino el de la adoración dogmática e incondicional que no admite distingos, observaciones y réplicas.”

Y como nosotros no admitimos más dogmas que los revelados por Dios y sancionados por la Iglesia, creemos que todo lo demás está sujeto al examen y

discusión de los hombres, guardando el debido respeto a las personas y las cosas. Por eso “cada cual marche por su camino; pero que los exaltados y frenéticos no quieran regatear a los condicionales su derecho a la admiración razonada.

Achaque y muletilla harto cansada de ahora, es lo de reprochar a los nuevos escritores, un espíritu de crítica negador y abominador de todo. Se exagera bastante.” (1)

Si, pues, nosotros marchamos por el nuestro, estudiando ese libro sin apasionamientos ni dogmatismos, descubriendo las inmensas bellezas que encierra y los diversos matices del genio que lo engendrara, no se nos condene el intento, que no es otro sino dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Y para que todos vean que ya otros dijeron lo que vamos a demostrar en este capítulo, citaremos las palabras del autor *De hispanismo y barbarismo*, Padre Juan Mir, que dice:

(1) Azorín.

“Sólo por fisga puede llamársele (a Cervantes) primer padre de la lengua castellana.”

Efectivamente; Cervantes no ha sido el primer estilista de la lengua castellana, como lo prueban los párrafos de su libro, que someramente vamos a exponer:

—“Yo lo dudo—replicó Sancho Panza;—porque tengo para mí *que*, aunque lloviese Dios reinos sobre la Tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de María Gutierrez. Sepa, señor, *que* no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.

—Encomiéndalo tú á Dios, Sancho—respondió don Quijote, *que* Él le dará lo que más le convenga; *pero* no *apoques* tu ánimo tanto, *que* te vengas a contentar con menos *que* con ser adelantado.”

Que como el lector observa son muchos *ques* para tan pocos renglones.

“Como el dueño de la casa donde Anselmo se alojó viera que lo llamaba, llegóse á él, *habiéndole* llamado primero, y, *trabándole* por la mano *viendo* que no le respondía, y *hallándole* frío, vió que estaba muerto.”

Una vez terminada la lectura de *El curioso impertinente*, “*estando en esto*, el ventero, que *estaba* a la puerta de la venta, dijo:

—*Esta* que viene es una hermosa tropa de huéspedes; si ellos paran aquí, gaudeamus tenemos.”

A los pocos renglones dice:

—“Tampoco sabré decir eso—respondió el mozo,—porque en todo el camino no la he visto el rostro; suspirar si la he oído muchas veces y dar unos gemidos *que parece que* cada uno *dellos* quiere dar el alma. Y no es de maravillar *que* no sepamos más de lo *que* habemos dicho, *porque* mi compañero y yo no há más de dos días *que* nos acompañamos; *porque*, habiéndonos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron *que* viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien.

—¿Y habeis oído nombrar á alguno *dellos*?—preguntó el cura.

—No, por cierto—respondió el mozo,—*porque* todos caminan con tanto silencio, *que* es maravilla; *porque* no se oye entre ellos otra cosa *que* los suspiros y

sollozos de la pobre señora, *que* nos mueven á lástima.”

Y si este lenguaje desaliñado no fuera bastante, refiriendo la manera de cómo Cardenio sacó a Luscinda del monasterio, “temeroso que en sabiendo que él estaba allí, *había de haber guarda* en el monasterio, y así, *aguardando un día á que la portería* estuviese *abierta*, dejó á los dos á la *guarda de la puerta*.”

Como don Quijote le dijera a Sancho que no tenía que vanagloriarse por ninguno de los beneficios que recibiera, le dijo: “que si esto haces, vendrá á ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra.

—Así es la verdad—respondió Sancho,—*pero* fué cuando muchacho; *pero* después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, *que* no puercos. *Pero* esto paréceme á mí *que* no hace al caso; *que* no todos los *que* gobiernan vienen de casta de reyes,, cuyos *peros* y *ques* son muchos para tan pocas líneas.

Y ya que hablamos de *ques*, no estará mal recordar que también pudo supri-

mirlos cuando preguntó “*que qué* era lo *que* aquellos lienzos cubrían.”

En otro lugar dice:

“Las dos bellezas juntas de don *Gregorio* y Ana Félix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban... contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar a don *Gregorio*; contó don *Gregorio* los peligros y aprietos en que se había visto, etc.”, que para un solo pretendiente de Ana Félix, resultaban muchos Gregorios.

“*En fin*, dió cuenta de la burla que Sancho había hecho á su amo, *dándole á entender* que Dulcinea estaba encantada y transformada en labradora, y como la *duquesa*, su mujer, había *dado á entender* á Sancho que él era el que se *engañaba*, porque verdaderamente estaba *encantada* Dulcinea.”

“Todas estas razones que entre los dos *pasaban* oyó el mozo de mulas junto a quien don Luis *estaba*, y levantándose de allí, fué á decir lo que *pasaba* á don Fernando y á Cardenio y á los demás, que ya vestídose habían, á los cuales dijo cómo aquel hombre *llamaba de don*

á aquel muchacho, y á las razones que *pasaban*, y como le quería volver á casa de su padre, y el mozo no quería.” Que es mucho pasar y mucha cacofonía.

“Dijo á esta sazón, el barbero, burlado *está*. ¿Qué es posible *que* tanta gente honrada diga *que ésta* no es bacía, sino yelmo? Cosa parece *ésta* que puede poner en admiración á toda una Universidad por discreta *que* sea. Basta: si *que esta* bacía es yelmo, también debe ser *esta* albarda jaez de caballo, como *este* señor ha dicho.”

En otro lugar, hablando de Cardenio, dice:

“Y no anduvieron mucho, *cuando*, al volver de una punta de una peña, vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les había pintado *cuando* les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre, *cuando* les vió, etc...”

Tampoco este otro párrafo es muy clásico que digamos:

“Y así como hubo }acabado, dijo don Fernando lo *que* en la ciudad le había acontecido después *que* halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba

ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya. Dijo *que* la quiso matar, y lo hiciera si de sus padres le fuera impedido; y *que* así, se salió de su casa despechado y corrido, con determinación de vengarse con más comodidad; y *que* otro día supo cómo Luscinda había faltado de casa de sus padres sin *que* nadie supiese decir dónde se había ido, y *que*, en resolución, al cabo de algunos meses vino á saber cómo estaba en un monasterio, con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio; y *que* así como lo supo, etc.,

También se encuentran párrafos en todo el libro tan asonantados, que más bien parecen versos que prosa, probando que su autor era un excelente poeta.

Tal vez se nos replique que la vida azarosa de Cervantes, sus múltiples ocupaciones, el tener que escribir mucho para ganarse la vida fueron otras tantas causas que le impidieron revisar sus escritos; pero nosotros contestamos que no en balde se llega a la categoría de genio y a las más altas cumbres de la inmortalidad y la gloria.



CAPÍTULO VIII

¿Hay motivo suficiente para que la Lengua castellana se llame por antonomasia la Lengua de Cervantes?...

Si como hemos demostrado en el capítulo anterior, Cervantes no ha sido el primer estilista, es evidente que la Lengua castellana no puede llamarse por antonomasia ni por ningún otro concepto la Lengua de Cervantes. Para demostrarlo daremos a conocer algo acerca de la génesis que precedió a la formación del lenguaje, todo lo más

breve posible, porque las notas eruditas nos empalagan altamente.

Desde que Alfonso VIII de Castilla el Noble, fundó en Palencia una escuela general, a la que hizo venir sabios y letrados de Francia y de Italia y poco después Alfonso IX, de León, fundando otra en Salamanca, la lengua castellana recibe un gran impulso. En ese período nace la poesía comenzando los romances populares, prueba evidente del adelanto que ya iba adquiriendo el idioma o lengua. El poema del Cid que debió escribirse a fines del siglo XII o principios del XIII demuestra que ya el romance predominaba en aquel tiempo, pues aunque el latín era la lengua oficial, no se sabe cual era el que dominaba, si esa lengua o el castellano que iba naciendo.

Esa fué la época de la verdadera fermentación del lenguaje. Avanzan un poco más los tiempos y ya empiezan a publicarse documentos en castellano, aunque no correcto, revestido con forma propia y con los caracteres y condiciones de un idioma nacional. Al-

gunos se citan del siglo doce más a la entrada del trece, se manifiesta con ciertas galas y de regular estructura, como se ve por el tratado de Alfonso VIII, de Castilla, y Alfonso IX, de León, en 1206.

He aquí un fragmento de ese tratado por el que se observa el naciente castellano:

“Todos los castillos sobrenombrados son del reyno de León, para así que el sobre dicho filio del rey de León los haya por juro de heredad, así como dicho es de suso. Et los caballeros que los deberen tener, recíbanlos por portero del sobrenombrado filio del rey de León o sean vasallos de él, et reténganlos por cumplir todos los pleytos que por ellos deban sier cumplidos, etc. (1).”

¿Qué causas pudieron influir en la formación de la lengua castellana?

Las principales fueron el frecuente y continuo trato entre asturianos, gallegos, castellanos, vizcaínos y aún navarros. Las gentes y tropas que vinieron

(1) Risco, Esp. Sagr., t. xxxv, Apéndice, 62

a España, con motivo de la toma de Toledo, y los muchos monjes y eclesiásticos franceses que poblaron las más insignes iglesias episcopales. Con esto no sólo se alteró la liturgia y disciplina de la Iglesia, sino la forma material de escribir, adoptándose la letra francesa en lugar de la gótica. Si a todas estas causas añadimos que el árabe suministró al castellano infinidad de voces, no podrá llamarnos la atención que éste llegara a pasos agigantados a su desarrollo y perfeccionamiento. Ya en esa época escribíanse las escrituras públicas en ambas lenguas y por eso no es extraño se impregnara el castellano de muchísimas voces árabes.

Si añadimos que también se introdujeron en el idioma palabras franco-latinas, que mezcladas con el lenguaje y dialectos vulgares de los diferentes países de España, no nos extrañará de manera alguna se formara el variado y complejo idioma que vemos aparecer formado y con cierta regularidad gramatical en el siglo XII para irse perfeccionando y puliendo, según que la Re-

conquista y la cultura avanzaban, formando el "edificio magnífico construído sobre las ruinas del idioma latino y adornado y enriquecido con empréstitos y dones cuantiosos del abundante árabe, cúmulo de preciosidades, allegadas de dos lenguas, que reuniendo todas las ventajas, gracias y mejores propiedades de las del mundo conocido, dieran por sí solas, y sin necesidad de otra alguna forma y consistencia al rico, sonoro y armonioso lenguaje español," (1).

Es verdad que a la mitad del siglo xiv adelantaron mucho los conocimientos relativos a política y jurisprudencia, quedando algo atrasada la literatura; pero no por eso dejaron de brillar claros entendimientos, siendo el primero el judío de Carrión, conocido con el nombre Rabí don Santon, que publicó varias obras literarias muy notables, no sólo por su trama, sino por los adelantos que ya se veían en la pureza del lenguaje. Pero el que descolló como hombre de letras fué el canciller Pedro López de Ayala, de-

(1) Marina.

mostrando en su crónica de don Pedro y don Enrique II, de don Juan I y la de los dos primeros años de don Enrique III la manera de escribir esos libros y cuyo lenguaje, aunque duro, es claro y natural y no falto de energía, saliendo la lengua bajo su pluma, como dice un juicioso crítico, de la tosca infancia a su más florida pubertad.

Adelantan los tiempos, y estimadas y protegidas las letras por los príncipes y magnates y cultivadas por ellos mismos, tenían que llegar a una gran altura en todos los órdenes del saber humano, y si por añadidura la Providencia sentaba en el trono, como lo hizo, a una Isabel de Castilla y un Fernando de Aragón, no tardarían en florecer en todos los ramos de la literatura, el idioma y las artes un Cisneros, Mendoza, Talavera, Lebrija, Oviedo, Palencia, Valera, Pulgar, Almela, Ayora, Oliva, Vergara, Manrique, López de Haro, Montoro, Rojas, Encina, Santahella, Villalobos y tantos otros, que enaltecieron con su inteligencia y su saber todos los órdenes de los conocimientos humanos. Y para que en este

concierto sublime no faltara la mujer, aparece doña Beatriz de Galindo (*la Latina*), maestra de susoberana doña Lucía de Medrano, que enseñaba los clásicos en Salamanca; doña Francisca de Lebrija, que daba lecciones de retórica en las aulas de Alcalá, y doña María de Mendoza, notable por su instrucción en las lenguas sabias. De este modo y por tan notables y entendidos ingenios el lenguaje iba sublimándose, hasta llegar a las alturas de su gran belleza, con un fray Luis de León, de Granada, Juan de la Cruz, Teresa de Avila, Calderón y Cervantes.

Así, pues, el lenguaje castellano, ni por su formación ni en su adelantamiento, ha sido patrimonio (de un hombre solo, por grande y eminente que sea, o se le quiera suponer. Por eso creemos que la lengua castellana no puede llamarse la lengua de Cervantes, pues éste, como dice el señor *Azorín*, "es un árbol hermosísimo, pero un árbol, no aislado en una llanura, sino en un bosque con otros árboles". Cervantes no se halla solo como un milagro; en el siglo xvii

están con él, rodeados todos de un ambiente de cultura, Lope, Góngora, Gracián, Tirso, Calderón... No consideremos a Cervantes, aislándolo, sin tomar en cuenta ni el ambiente ni sus compañeros de letras de una manera que sería, aparte de anticientífica, injusta para Lope, Góngora, Gracián, etc..., y depresiva, en resumen de cuentas, para el mismo Cervantes. Y añadamos que la difusión y perfección de la lengua castellana (no más extendida y perfecta que la francesa o la inglesa) no se debe sólo a Cervantes. En cuanto a la perfección, se debe a Cervantes y a otros muchos escritores castellanos.

Y en cuanto a la difusión por el mundo, se debe a Cervantes y a sus camaradas de letras; pero se debe más a gentes que no eran ni Cervantes, ni Lope, ni Calderón, etc., sino a hombres de milicia, guerreros, conquistadores, que anduvieron por distintos países de Europa y por América (1). Y es que, como dice

(1) *A B C*, "Rabeleisistas y cervantistas", 28 octubre 1915.

un notable historiador, las grandes obras del esfuerzo humano, como las grandes obras del entendimiento, nunca han podido ser de uno solo, y así dan honra y prez al que las concibe y comienza, como al que las prosigue o mejora y como al que tiene la fortuna de perfeccionarlas y acabarlas. Y la prueba de que la lengua castellana no es patrimonio de un hombre solo, por eminente que sea, está en que muchas palabras, conceptos y giros empleados por Cervantes y los escritores de su tiempo han caído en desuso, siendo, pues, su crecimiento obra de todos, y especialmente, como dice el señor *Azorín*, "se debe al pueblo, a la masa popular, perdurable almáciga o vivero del idioma, donde el idioma está siempre en germinación y crecimiento". Luego la lengua castellana no puede llamarse por antonomasia la lengua de Cervantes. *Suum cuique.*



CAPÍTULO IX

De crítica literaria.

Cuando publicamos nuestro libro *Cervantes y el Evangelio o el simbolismo del Quijote*, remitimos a contadas revistas y periódicos algunos ejemplares para que publicaran el juicio crítico, según costumbre establecida en los mismos, juicios que nosotros respetamos siempre, sean favorables o adversos; pero como los emitidos acerca de ese libro se reducen a declarar que no creen, que no pueden creer que Cervantes se

inspirara en el Evangelio, nos vamos a permitir insertarlos, haciendo después las oportunas observaciones.

Unión Ibero Americana (1):

“Pero volviendo al libro de Cervantes y el Evangelio, diremos que el paralelo que hace con los sagrados fundamentos de nuestra religión, el Sr. Cortacero no nos parece en todo acertado, por más que alguna vez defiendan esa analogía el actual Obispo de Jaca y los Sres. Unamuno y *Azorín*. No creemos que Cervantes recibiese directa inspiración del Evangelio, ni que la prisión de don Quijote por el cura y el barbero fuese imitada de la Pasión, ni la posada de aquél en una posada copiase la historia del nacimiento del Salvador, ni que el encuentro de los rebaños copiase la venida de los Reyes Magos, ni que la segunda parte del *Quijote* imite la vida del Salvador después de la resurrección, ni que el tipo de Dulcinea se tomase de la celestial e histórica figura de la Virgen

(1) Junio de 1915.

María, ni que al tratar Cervantes de Sancho Panza, guardián de don Quijote, pensase en San José, que lo fué del Redentor, aunque Valdivieso haya dicho del egregio Patriarca "que fué el primer Comendador de Cristo".

„El Sr. Cortacero es un sacerdote instruído, y la prueba de su nada vulgar ingenio está en las analogías, que sin él a nadie ocurren; pero creemos que la interpretación del *Quijote* debe estar más a flor de tierra y quizás en personajes y hechos de la historia, que imperfectamente conocemos. En sutileza de ingenio hay pocos libros que con éste compitan.“

¿Convendría seguir esta orientación?

De *El Restaurador* (1):

“*Cervantes y el Evangelio o el simbolismo del Quijote*, por Miguel Cortacero y Velasco, presbítero. (En 8.º de 248 págs.) Madrid, Imp. de Gómez Fuentes, Bordadores, 10, 1915.

„La fecundísima pluma del Sr. Corta-

(1) Tortosa, 22 junio 1915.

cero ha sacado a la luz otra obra *cervantina*, complemento de la publicada hace pocos meses con el título de *Don Quijote y Sancho*, oportunamente dada a conocer en *El Restaurador*.

„Siguiendo en su persuasión de que el *Quijote* es un libro de profunda filosofía, una mina tan profunda y rica de discreciones y de ingenio que no hay agotarla por mucho que se la explote, intenta ahondar más y más en ella para beneficiar en provecho de sus lectores un filón abundantísimo de semejanzas evangélicas y de símbolos bíblicos, de los cuales cree que está repleto el *Quijote*, en tal manera, que no vacila el Sr. Cortacero en afirmar que, en lo fundamental, la obra de Cervantes “es un plagio del Evangelio (pág. 3).

„Nuestro trabajo, dice, se encamina a hacer ver las semejanzas que existen entre los simbólicos personajes del *Quijote* con los verdaderos y reales del Evangelio, naturalmente, desfigurados los nombres, las personas y las cosas de tal modo, que en el grado en que cada lector vea esa semejanza se apro-

ximará más o menos a la realidad que el autor busca en las páginas escritas por Cervantes.”

„El Sr. Cortacero investiga, pues, en este libro si Cervantes bebió en el Evangelio y modeló sus personajes en los que en él presentan los Evangelistas.

„Como se ve, el intento del autor no deja de ser aventurado y peligrosillo, y aun si es no es irreverente, por más que el autor procure hacer prodigios de equilibrio y de cordura en el lenguaje y en la aplicación de las comparaciones.

„Ello, no obstante, no está siempre tan sobre aviso que no se le escape alguna que otra fanfarronada tan exagerada e insostenible como esta: “El Evangelio y el *Quijote* serán dos libros inmortales, dos libros que al acabamiento de los siglos serán reimpresos en los Alcázares de la gloria.”

„Esto es, sencillamente, andalucear.

„Menos mal que el Sr. Cortacero “andalucea a lo clásico”, por regla general, como buen discípulo de Cervantes.

„Pero mejor lo sería si en ocasiones tuviera presente las enseñanzas que da el

P. Mir (Juan) en su *Prontuario de Hispanismo y Barbarismo* acerca de ciertas frases y giros que corren muy validos en el día de hoy con pretensión de "elegancias de lenguaje," sin ser más que desperdicios del francés o del italiano.

„A esos leves deslices sobrepujan los méritos de concepto y lenguaje del nuevo libro del Sr. Cortacero.

„Reciba éste nuestros más afectuosos plácemes y el amistoso ruego de que prosiga en su labor literaria, para la cual tan relevantes aptitudes está demostrando.„

De Ilustración del Clero:

“Cortacero (Miguel).—*Cervantes y el Evangelio o el simbolismo del Quijote*. Un volumen en 8.º mayor, de 250 páginas. En rústica, 3 ptas. Gómez Fuentenebro, calle de Bordadores, 10, Madrid.

„¡Es mucho libro este del *Quijote!*— escribe Rodríguez Marín, copiando unas palabras de D. Bartolomé Gallardo;— es mucho libro este... archivo de toda ciencia y venerando santuario del idioma.„ Primer modelo de nuestra clásica

literatura, ha tenido por intérpretes a lexicógrafos tan perspicaces como el malogrado Cortejón, Cejador y el propio maestro Rodríguez Marín, "cervantista sin par—en opinión de P. Getino, —con alma muy semejante a la del inmortal manco de Lepanto, con un espíritu donde el de nuestro primer hablista parece que ha cristalizado"; inagotable mina de discreciones y de ingenio, la cantera del *Quijote* ha sido beneficiada por plumas tan hábiles como las de Navarro Ledesma, de *Azorín* ("el pequeño filósofo"), y de Unamuno, en la peregrina historia que tejió con las socarronerías de Sancho y las locuras de Quijote; si bien el ex rector salamanquino cuenta de Cervantes "haber sido un genio temporero y un pobre diablo que nunca llegó a comprender su obra..."

"Mucho más lógico y más humano es creer, como las palabras del mismo Cervantes declaran, que todo cuanto allí está escrito se escribió *por algo*, tiene su significado y una intención, aunque en la mayoría de los casos haya sido labor inútil la de los hermeneutas y exé-

getas. No seremos nosotros quienes tilde-
mos de inútil la labor exegética empre-
nida por el Sr. Cortacero; pero no cree-
mos, no podemos creer, que este sea el
Quijote de Cervantes en espíritu y en
verdad: aventurada nos parece la tesis
del autor, pues intenta demostrar con
propósitos laudabilísimos que Cervantes,
al escribir su *Hidalgo*, tuvo por norte y
guía el Evangelio, diciéndonos a la pos-
tre que aquel libro en lo fundamental es
un remedo, una figura, un plagio de éste.

„Cosa certísima es que no hay escri-
tor por grande original que sea, sin tra-
diciones ni antecedentes, ni obra maes-
tra del arte que no tenga su filiación en
la historia intelectual de lo pretérito.
¿Existirían el Quijote, Dulcinea y San-
cho, tales como son, si no hubieran exis-
tido antes Jesús, María y José tales
como aparecen retratados en la escri-
tura evangélica? El tema, aunque muestra
al principio un contorno claramente di-
bujado, tórnase cada vez más indeci-
so, para deshacerse al fin en una niebla,
en la cual puede ver la fantasía, como
en las nubes de verano, todas las formas

que se les antojen, nos resistimos a ver personificado en Sancho al excelso Patriarca, ni nos hace gracia la misteriosa coincidencia que parece intuir en los pensamientos de Cervantes: "iba Sancho Panza sobre su jumento como un *patriarca*, con sus alforjas y su bota". Sería esto levantar a lo sublime el bajo y villano carácter del escudero, que por boca de Quijote "nació para morir comiendo". En esta y similares ocasiones temo podersele aplicar al autor la lección que de Tomé Cecial recibiera Sansón Carrasco, bachiller por Salamanca: "Por cierto, Sr. Sansón, que tenemos nuestro merecido; con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más de las veces se sale de ella".

Esos son los principales juicios críticos que hasta nosotros han llegado, pues con la multitud de noticias que tienen que dar los periódicos de la guerra publican pocas reseñas bibliográficas, habiéndose quedado con los ejemplares recibidos esperando ocasión oportuna para publicar el juicio que les merezca.

Desde luego debemos manifestar que la crítica negativa debe ser razonada, pues de otro modo la opinión del crítico queda como algo infalible, cosa que en el mismo Dogma no puede admitirse, pues aunque éste está sobre la razón, es, sin embargo, perfectamente razonable y razonado. Además, si Cervantes no se inspiró en ese libro, tuvo que ser por dos razones: o porque ha venido a este mundo a decirle a los críticos cuál fué su pensamiento o porque no conocía punto por punto las Sagradas Escrituras. Respecto a lo primero, no es menester correr mucho para demostrar que Cervantes no ha venido a revelar a nadie su pensamiento, y en cuanto a lo segundo, vamos a demostrar que las conocía mejor que muchos maestros que se dedican a enseñarlas.

También se ha dicho que este nuestro comentario es atrevido y peligroso, sin tener en cuenta, seguramente, cuanto dijimos en las páginas escritas a manera de prólogo. ¿Y por qué es este libro aventurado y atrevido? Veámoslo: es atrevido decir que todos los altruísmos

de don Quijote, que muchísimas de las aventuras que realizara, desprovistas de la parte novelesca y jocosa, no pueden de manera alguna convenirle ni aplicárselas a él, sino a otro caballero más grande y sublime que todos los que existen en el cielo o la tierra? ¿Es atrevido decir que cuantas gracias, dones y perfecciones atribuye don Quijote a Dulcinea no pueden aplicarse a una pobre y rústica labradora como ella era y sí sólo y exclusivamente a María, nuestra Madre y Señora? ¿Es aventurado suponer que necesitando Cervantes un escudero que sirviera y acompañara a don Quijote se acordara (desfigurándolo) de otro que fué escudero fiel del mejor de todos los caballeros que han recorrido el mundo deshaciendo entuertos, amparando al pobre, al huérfano y desvalido? ¿Qué es, pues, lo que nosotros hemos hecho sino desbrozar un libro, hasta cierto punto misterioso, que ha traído de cabeza por espacio de tres siglos a todos sus comentaristas descubriendo por la misericordia divina su hurdimbre o esqueleto? Si

hay atrevimiento estará de parte del autor y no de la nuestra. Y si por eso somos culpables admitimos con regocijo cuántas penas se nos impongan, pues siempre nos quedará la profunda satisfacción de haber vindicado el Evangelio, fuente inagotable de toda belleza literaria y cumpliéndose aquellas palabras del mismo: *Omnia trahat ad me*. Veamos ahora si Cervantes conocía o no las Sagradas Escrituras.

Díjole don Quijote a su escudero:

—“Pues no tengas pena, amigo, que yo te sacaré de las manos de los Caldeos, cuanto más de la Hermandad,, aludiendo en esto a las palabras de Jeremías (Cap. XXXII) que dice: *Yo entregaré esta ciudad en manos de los caldeos*.

—“Mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta a los mosquitos del aire, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso,

que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos,, palabras que corresponden a aquellas otras del Evangelio de San Mateo (Cap. V-45): *Solem suum oriri facit super bonus et malos, et pluit super justos et injustos.*

Queriendo Sancho disuadir a don Quijote no acometiera la espantosa aventura de los batanes, le dijo:

—“Cuanto más que yo he oído predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien conoce que quien busca el peligro perece en él,, que corresponden a aquellas otras del Eclesiástico (Capítulo III-27): *Qui amat periculum in illo peribit.*

—“Pero pensar—dijo Ginés de Pasamonte—que hemos de volver ahora a las ollas de Egipto,, es, aunque lo dijera en otro sentido, una alusión al libro de los números (Cap. XVI).

En otro lugar, como Sancho le aconsejara que huyera de la Santa Hermandad, le dijo:

—“Estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente la San-

ta Hermandad que dices y temes, sino a los hermanos de las doce tribus de Israel y a los siete Macabeos, refiriéndose sin duda a los siete hermanos de quienes trata el libro segundo de los Macabeos (Cap. VII).

Hablando Lotario de las cualidades que él deseaba ver en su mujer, respondió:

—“Dices que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el sabio dice que ¿quién la hallará?; con lo que alude a Salomón en aquellas palabras de los proverbios (Cap. XXXI): *Quierem fortem quis inveniet? Procut et de ultimis finibus pretium ejus.*

Como Lotario quisiera disuadir a Anselmo de aquellas pruebas a las que quería someter a su mujer, le dijo:

—“Cuando Dios crió a nuestro primer padre en el Paraíso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adán y que, estando durmiendo, le sacó una costilla del lado izquierdo, de la cual formó a nuestra madre Eva, y así como Adán despertó y la miró, dijo: “Esta es carne de mi carne y hueso de

mis huesos., Y Dios dijo: “Por ésta dejará el hombre a su padre y madre y serán dos en una carne., que como todos saben son palabras del Génesis (Cap. II).

— En el discurso de las armas y las letras, dijo:

—“Las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los Angeles la noche que fué nuestro día, cuando cantaron los aires: “Gloria sea en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad., Y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favorecidos fué decirles que cuando entrasen en alguna casa, dijese: “Paz sea en esta casa., Y otras muchas veces les dijo: “Mi paz os doy, mi paz os dejo; paz sea con vosotros., Palabras tomadas de San Mateo (Cap. X v XII): *Intrantes antum demum salutatem eam dicentes: “Pax huic domini.,*

Viéndose don Quijote libre y desembarazado de tantas pependencias, así de

su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje, terminando aquella gran aventura, para la que había sido llamado y escogido,; reminiscencia de aquellas palabras de San Mateo (Cap. XX): *Mutti sunt vocati panci vero electi*. (Muchos son los llamados y pocos los elegidos).

Hablando don Quijote con el canónigo, dijo:

“Y el agradecimiento, que sólo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras,; que corresponden a aquéllas de la Epístola católica de Santiago (Cap. II, v. XXVI), que dice lo mismo. Con todo eso dijo el escudero:

“Si el ciego guía al ciego, ambos van a peligro de caer al hoyo,; cuyas palabras recuerdan las de San Mateo (Capítulo XV, v. XIV).

Si el ciego conduce al ciego, ambos caerán pronto en el hoyo.

“Basilio no tiene más desta oveja, y no se le ha de quitar alguna por poderoso que sea; que a dos que Dios junta no podrá separar el hombre,; como antes lo había dicho.

“La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo,, que recuerda aquéllas de los Proverbios (Cap. XIV, v. IV): La mujer diligente es la corona de su varón.

“Dígole á vuesa merced, señor don Quijote—dijo maese Pedro—que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo y *operibus credite et non verbis*,, tomadas del Evangelio de San Juan (Cap. X, v. XXXVIII).

“Porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió ni pudo ni puede mentir; siendo legislador nuestro yugo era su ave y su carga liviana,, dijo que su *Jugum enim meus suave est, et o enus meum leve*. Mateo (XI, v. XXX).

Hablando de San Pablo, decía:

“Caballero andante por la vida y santo a pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, a quien sirvieron de escuelas y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesús., Alusión bien clara cuando fué arrebatado al ter-

cer cielo, donde vió cosas que el hombre no puede explicar. Corintios (Cap. IV, v. XXIV).

Como hiciera don Quijote algunas reflexiones sobre las imágenes que estaba viendo, al terminar dijo:

“Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza,; que son del Evangelio de San Mateo (Cap. XI, v. XII).

Respecto a los elogios y alabanzas que don Quijote dirigió a Dulcinea, he aquí las semejanzas que existen con otras del *Cantar de los Cantares*:

“Su calidad ha de ser, por lo menos, de princesa, pues es reina y señora mía (1); su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas (2); que sus cabellos son

(1) “Introdújome el rey en su cámara.”—*Cantar de los Cantares*, Cap. I y siguientes.

(2) “¡Oh, qué hermosa eres tú, amiga mía! ¡Oh, que hermosa eres tú, como las tiendas de de Cédar, como las pieles de Salomón.”—*Idem*, *idem*.

oro (1); su frente, Campos Elíseos (2): sus cejas, arcos del cielo; sus ojos, soles (3); sus mejillas, rosas (4); sus labios, corales (5); perlas sus dientes (6); alabastro su cuello (7); mármol su pecho (8); su blancura, nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas., (9).

(1) "Sus cabellos como renuevos de palmas, negros como cuervos.,—Idem, íd.

(2) "Hermosa eres, amiga mía, suave y graciosa como Jerusalén.,—Idem, íd.

(3) "Sus ojos como palomas sobre los arroyuelos de las aguas.,—Idem, íd.

(4) "Sus mejillas como eras de aromas plantados por los perfumeros.,—Idem, íd.

(5) "Sus labios lirios que destilan la mirra más pura.,—Idem, íd.

(6) "Tus dientes como hatos de ovejas, que subieron del lavadero.,—Idem, íd.

(7) "Tu cuello como la torre de David.,—Idem, íd.

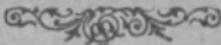
(8) "Tus dos pechos como dos cervatillos de corza.,—Idem, íd.

(9) "Así son tus mejillas, sin lo que por dentro está oculto.,—Idem, íd.

Muchos más testimonios pudiéramos aducir tomados de los consejos que don Quijote dió a Sancho antes de marchar a la ínsula Barataria, y si alguno no estuviese conforme con el número, puede revisar las restantes obras literarias de Cervantes, que a buen seguro los encontrará en abundancia. Si, pues, conocía las Sagradas Escrituras, a nadie puede admirar ya, se inspirara en ellas, como lo hicieron otros muchos genios que han ilustrado al mundo con sus obras.

Al revisar las últimas pruebas de este nuestro libro, hemos leído con verdadero gusto la Conferencia que la muy ilustre e ilustrada Sra. Condesa de Pardo Bazán pronunció en el Ateneo de Madrid bajo la denominación del "Lugar del Quijote," al que llama redentor humano, cosa que nosotros no nos atrevimos a decir en nuestro libro, pues es tan grande y sublime ese nombre, que es inaplicable a persona alguna por grande y excelsa que sea, y por eso dijimos, que era una figura, sombra o plagio de Jesuscristo. Por donde verán

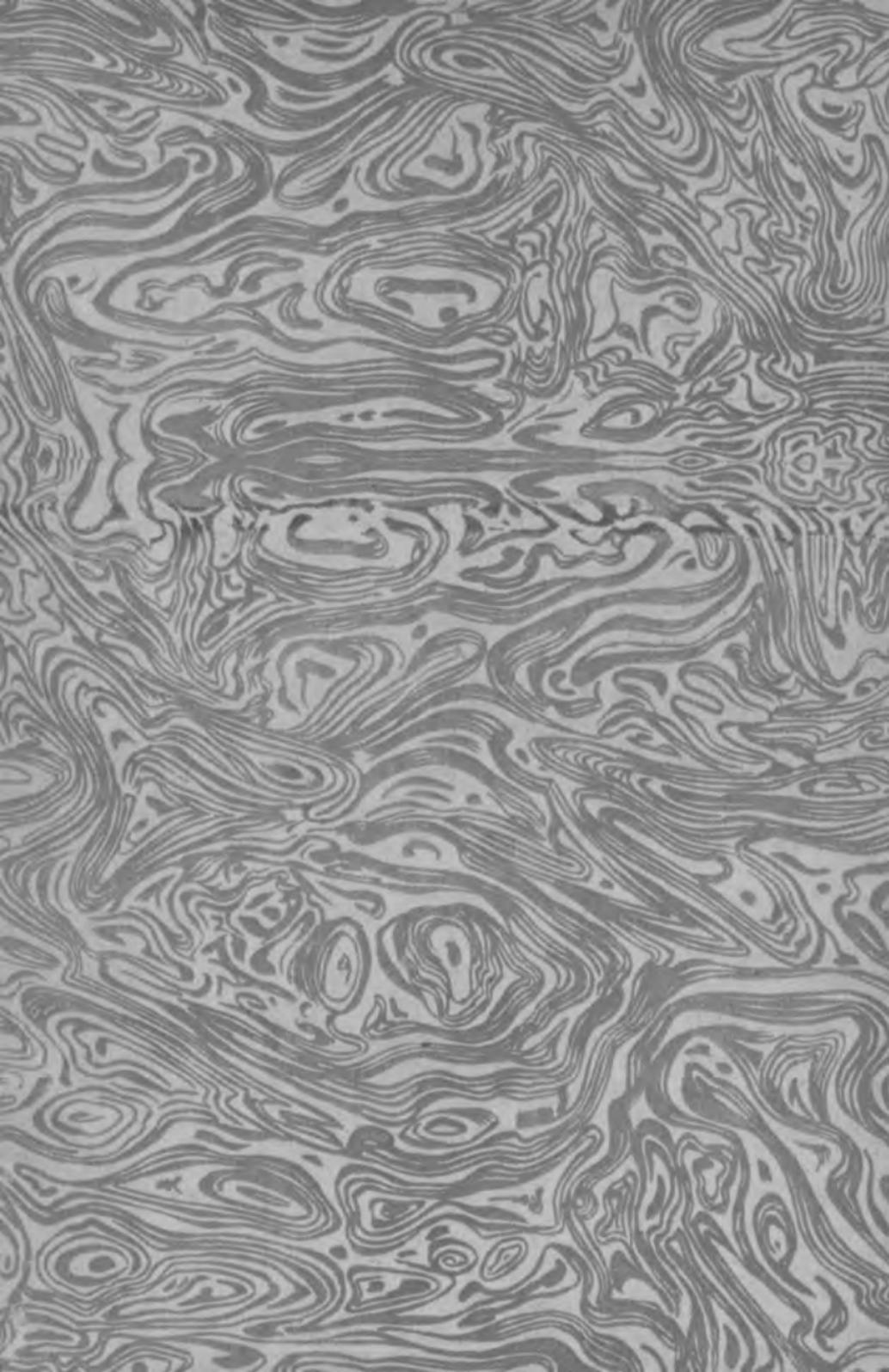
los críticos que antes hemos mencionado, que no han sido tan grandes nuestros atrevimientos en la obra referida ni mucho menos aventurada la idea de que Cervantes conociendo como conocía las Sagradas Escrituras tomara de ellas la urdimbre de su libro, revistiéndola después con las galanuras del idioma y la gracia insuperable de su genio.



ÍNDICE

- CAPITULO PRIMERO.—Damas y damiselas del Quijote.
- CAPITULO II.—Personas, personillas y personajes del Quijote.
- CAPITULO III.—De como D. Quijote no estuvo loco, ni Sancho fué lo que muchos han supuesto.
- CAPITULO IV.—Socarrón y ladino, allí donde los haya.
- CAPITULO V.—De las esperanzas, temores y desengaños de Sancho.
- CAPITULO VI.—Espigueo por los campos del Quijote.
- CAPITULO VII.—¿Ha sido Cervantes el primer estilista de la lengua castellana?
- CAPITULO VIII.—¿Hay motivo suficiente para que la Lengua castellana se llame por antonomasia la lengua de Cervantes?
- CAPITULO IX.—De crítica literaria.







CORTACERO

QUESIGOSAS
DEL QUIMORÉ

G 60260